

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

KGB, sección 9

El Plan Toda América, ideado por el general estadounidense Curlington, pretende poner de acuerdo a todos los ejércitos del continente americano con vistas a entendimientos militares siempre pacíficos. Por supuesto, a Brigitte el plan le parece maravilloso, y está dispuesta a todo con tal de que llegue a convertirse en una hermosa realidad. Pero… Pero interviene la KGB, SECCIÓN 9, que es la rama del espionaje ruso encargada de eliminar personajes que por un motivo u otro resultan «molestos». Y el general Curlington y su Plan resultan muy molestos, de modo que la KGB dicta su sentencia de muerte. Y es sabido que cuando la Sección 9 entra en juego la persona o personas condenadas pueden darse por muertas, pues sus miembros ejecutores son auténticos «especialistas» que nunca fallan… Sin embargo, en esta ocasión el especialista (y un sorprendente traidor) tienen la mala suerte de tropezar con la agente Baby.



Lou Carrigan

KGB, sección 9

Brigitte en acción - 460

ePub r1.0
Titivillus 18.12.2017

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

La señorita Montfort llegó en coche, silenciosa y discretamente, al lugar donde había sido citada. En ese lugar la estaba esperando su viejo y querido amigo *Mr.* Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, y por tanto jefe de la divina espía internacional.

—¿Todo bien? —preguntó Cavanagh.

—No estoy muy segura —susurró Brigitte, mirando con expresión exageradamente inquieta a su alrededor—… Tengo la impresión de que me han seguido unos cuantos chinos, unos cuantos rusos, y hasta me ha parecido ver un par de esquimales.

Cavanagh, que había empezado poniendo un súbito gesto de alarma, terminó por sonreír.

—Quizá tenga razón —admitió—: es posible que estemos tomando tantas precauciones que hagamos el ridículo.

—Nunca se hace el ridículo por exceso de precauciones —rechazó la espía más peligrosa del mundo—, pero tampoco hay que exagerar. Además, ¿quién había de molestarse en seguir a la periodista Brigitte Montfort, tan dulce y simpática, tan inofensiva?

Cavanagh terminó por soltar la carcajada. Brigitte sonrió, le besó en ambas mejillas, y se colocó de nuevo ante el volante. Cavanagh rodeó el vehículo y se sentó junto a ella, que arrancó. El negro y más que discreto coche en el que Cavanagh había llegado hasta el lugar de la cita partió detrás del de Brigitte, con un agente de la CIA al volante.

—Desde luego, si el mundo supiera que la agente «Baby» es la señorita Montfort no tendría usted la vida nada fácil —dijo Cavanagh—. Por fortuna todos los que sabemos la verdad guardamos el secreto como si fuese vital para nosotros.

—Eso es lo que hace años y años me tiene sorprendida: haber sido capaz de inspirar tarta fidelidad. A veces me parece imposible que nadie me haya traicionado todavía vendiéndome a los rusos o a

los chinos. A menos que mi cotización haya bajado.

—No, no ha bajado —explicó Cavanagh—… Lo que ocurre es que antes ofrecían cinco millones de dólares por usted viva o muerta. Ahora ofrecen diez, pero viva. Afortunadamente, el espionaje también ha evolucionado, ya quedaron atrás aquellos tiempos de capa y puñal en que los agentes secretos eran asesinados. Ahora, y sobre todo en el caso de usted, los quieren vivos para obtener información, sistemas de espionaje, claves, redes…, todo eso. Pero en el caso de usted, mucho más, pues todos saben que capturar viva a la agente Baby sería no sólo un enorme éxito profesional, sino una mina de altísima información sobre la CIA en todo el mundo.

—Sí —suspiró Brigitte—… Y ya no vale eso de decir que no me sacarían ni una sola palabra, pues lo cierto es que a bofetadas o con drogas me sacarían todo lo que quisieran. Especialmente, con drogas. ¿No es terrible, y humillante y hasta deprimente?

—¿Deprimente?

—Eso de que una persona no pueda estar segura de sí misma al menos conforme a sus propias y verdaderas facultades. Porque, por ejemplo, supongamos que yo fuese capaz de resistir cualquier tortura física, ¿de qué me serviría tanto valor y resistencia si con una inyección de droga adecuada lo iba a decir todo? A mí, eso me parece humillante y deprimente. Quiero decir que hoy día ni siquiera somos nosotros mismos, sino lo que cualquier droga determina que seamos.

—Me temo que tiene razón —masculló Cavanagh—, pero así están las cosas… Gire a la izquierda, por ese camino estrecho.

La luz de los faros del coche de Brigitte iluminó el camino que se bifurcaba de la carretera. Camino de tierra prensada, silencioso. A ambos lados se veían las sombras características de altos pinos. Brigitte sabía que se estaba acercando al mar. Por el espejo retrovisor veía las luces del coche que les seguía. Divisó pronto las luces del chalé, y al poco se detenía delante. El otro coche llegó cuando ya Brigitte y Cavanagh se habían apeado. Aparecieron tres hombres, altos, atléticos, de largos cabellos rubios.

—Caray —exclamó graciosamente Brigitte—. ¡Zambomba!

—Bueno, nunca está de más ir bien acompañado —dijo Cavanagh, señalando hacia el chalé.

La puerta de éste se había abierto, y dos hombres, uno de ellos armado con metralleta, habían aparecido en el porche. Este hombre se esfumó al identificar a Cavanagh. El otro esperó y cuando Brigitte y su jefe llegaron a la puerta, dijo:

—Todo bien, señor. Los trajimos aquí sin novedad hace media hora, según el horario previsto.

—Bien. ¿No ha habido ni el más pequeño problema?

—Ni el más pequeño. Todo está bajo control.

Cavanagh asintió, y con un gesto indicó a Brigitte que entrase en la casa, contemplada sonriente por el agente de la CIA receptor de ambos. Entraron en la salita, donde había tres hombres y el de la metralleta. Brigitte supo que de los tres, había otro de la CIA, que sólo llevaba pistola. Luego miró a los otros dos, e inmediatamente identificó a uno de ellos, pero se limitó a parpadear un par de veces, y miró al otro, que le resultaba desconocido.

—Me imagino —dijo Cavanagh— que conoce usted al general Curlington.

—Desde luego —asintió Brigitte—. No hemos tenido ocasión de relacionarnos directamente, pero por supuesto que le conozco. Es uno de nuestros más… inteligentes y discretos generales.

—El otro es su ayudante, secretario, y amigo personal desde hace mucho tiempo, el coronel Alfred Dickinson —dijo Cavanagh—. Ambos están aquí sólo para esta entrevista, después de la cual serán llevados a un lugar ultrasecreto hasta que usted solucione el problema que ha provocado esta reunión.

—¿Y cuál es al problema?

—Será mejor que nos sentemos —dijo Cavanagh—… ¿Le apetece una copa de champán?

—¡Vaya una pregunta! —rió Brigitte—. ¡Claro que sí!

Cavanagh hizo un gesto a uno de los agentes de la CIA, que salió de la salita. El general Curlington, hombre alto, de espesos cabellos grises y oscura mirada inquisitiva, se acercó a Brigitte, con expresión que quería ser amable paro que resultaba todavía desconcertada.

—De modo —murmuró— que resulta que la agente Baby es nada menos que nuestra periodista más famosa y querida.

—La vida está llena de sorpresas, general —sonrió la espía.

—Le aseguro que ésta ha sido de las grandes. Me imaginaba a la

agente Baby de otra manera.

—¿De qué manera?

—Pues más… alta, más fuerte, más sólida, más…

—Le aseguro a usted que mi estatura es bastante aventajada, y que soy fuerte y sólida. —La divina se estaba divirtiendo—… Si no fuese sólida haría ya mucho tiempo que de mí apenas quedaría el esqueleto.

—De todos modos creía que tendría un aspecto más… menos…

—Digamos más viril y menos encantador —sugirió Brigitte—. Y hasta es posible que pensara usted que sería una dama con bigote.

—Pues casi —rió Curlington—. Y Alfred pensaba lo mismo. ¿No es cierto, Al?

—Debo confesar que sí —sonrió el coronel Dickinson—. En cualquier caso, señorita Montfort, el general y yo estarnos encantados de habernos equivocado.

Brigitte miraba de uno a otro sonriendo cortésmente, como la reina que acepta los cumplidos y agasajos de sus vasallos. El agente de la CIA regresó empujando un carrito que contenía un cubo grande con dos botellas de champán enfriándose en hielo. Cavanagh descorchó una y sirvió a Brigitte en primer lugar.

Acomodada ya en una confortable butaca, Brigitte bebió un sorbo, asintió complacida, y volvió a mirar al parecer sin excesivo interés a los dos militares que habían acudido a la cita vestidos de paisano. El general Ramsey Curlington debía de tener unos cincuenta años, y un bien ganado prestigio de ecuánime e inteligente, además de gran estratega. Su ayudante, el coronel Dickinson debía de tener cuarenta o cuarenta y dos, también tenía una excelente reputación profesional y personal, y era, además, un hombre atractivo, de inteligentes ojos pardos que, en aquellos momentos, contemplaban a Brigitte con más que visible complacencia.

—Esta vez —dijo de pronto Cavanagh— va a tener que enfrentarse usted nada menos que a la Sección 9 de la KGB.

Todos los hombres presentes miraban con gran atención a Brigitte, quizás esperando observar en ella aunque sólo fuese una pizca de sobresalto o de preocupación, una mínima tensión. Se llevaron chasco, pues Brigitte permaneció impávida, totalmente inexpresiva. Y no era porque ignorase qué era la Sección 9 de la

KGB y a qué se dedicaba, que lo sabía muy bien: la Sección 9 del espionaje ruso era la encargada de eliminar personajes que por un motivo u otro resultasen… «molestos». Si la KGB decidía que determinada persona o personas estorbaban sus planes simplemente enviaban a uno o varios de sus especialistas asesinos de la Sección 9 a eliminarlo. Y todo el mundo sabía que cuando la Sección 9 entraba en juego la persona o personas elegidas podían darse por muertas, pues sus miembros eran auténticos «especialistas».

El solo nombre de la Sección 9 ponía los pelos de punta a muchas gentes, incluidos espías profesionales.

—Sabemos —prosiguió Cavanagh tras una leve sonrisilla— que uno de los mejores hombres de la KGB va a llegar pronto a Estados Unidos, procedente de Suramérica. Entrará en al país por Miami, adonde llegará por barco.

—¿Eso quiere decir que vamos a permitirle la entrada? —preguntó Brigitte.

—Le permitiremos que entre. Acto seguido usted acudirá a su encuentro y lo matará. Eso es todo.

Brigitte asintió, bebió otro sorbo de champán, y preguntó:

—¿A quién viene a matar ese hombre de la Sección 9?

—A mí —dijo el general Curlington—… Al menos eso es lo que la propia CIA me ha comunicado.

—¿Y por qué quiere la Sección 9 de la KGB liquidarlo a usted? —se sorprendió Brigitte—. No es de las personas que molestan sus planes, e incluso en sus últimas declaraciones públicas yo diría que ha demostrado muy claramente ser partidario de las buenas relaciones con Rusia… ¿No es así?

—Así es —asintió el general Curlington—. Pero se diría que temen algo especialmente peligroso para ellos como consecuencia de la posible puesta en práctica del Plan Toda América.

—¿El Plan Toda América? ¿Qué es eso?

—Digamos que es una especie de… acuerdo entre los representantes de todos los ejércitos del continente americano. Es claro que siempre habrá algunos que no acudirán a la reunión, como por ejemplo, Cuba, pero sabemos, que el noventa por ciento de los países a los que se les ha propuesto la reunión para conversar sobre el Plan Toda América han aceptado enviar sus representantes. Dentro de una semana, esos representantes y yo debemos reunimos,

secretamente, en una quinta en los Cayos de Florida.

—¿Y qué clase de acuerdo espera obtener usted con esos representantes de todos los ejércitos americanos?

—Hay tantos puntos a debatir que resulta imposible explicar cómo terminara el Plan Toda América. Se llegará a un acuerdo en muchas cosas y en otras posiblemente no, o quizá se tengan que dejar para más adelante… Pero el hecho cierto es que en conjunto, y por… escasos que sean los resultados, Estados Unidos obtendrá beneficios de varias clases.

—Como siempre —dijo Brigitte—. Pero a mí no me molesta que mi patria obtenga buenos resultados. Especialmente si lo consigue a base de acuerdos entre ejércitos en lugar de guerras entre ejércitos. Corríjame si me equivoco, general, pero… ¿su plan tiene como fondo evitar enfrentamientos armados y antagonismos?

—Efectivamente.

—Hablemos entonces de ese agente soviético, que me gusta mucho menos que usted —hubo sonrisas por la simpática broma de la espía—… Mejor dicho, hablemos de la KGB. Si la KGB envía a ese hombre a matarlo a usted es que se he enterado del Plan Toda América y no le interesa que sea puesto en marcha, ¿no les parece?

—Sí —masculló Cavanagh—…, evidentemente, la KGB se ha enterado del PTA.

—Lo cual significa que alguien de aquí se lo ha comunicado a los rusos, ¿no les parece?

—Claro —gruñó Cavanagh.

—No se lo tome por lo trágico —sonrió Brigitte—… Traidores hay en todas partes. Incluso en Moscú y en la KGB, ya que de otro modo nosotros no nos habríamos enterado de que la Sección 9 ha enviado a un hombre a liquidar al general Curlington, ¿verdad? ¿Cómo hemos sabido eso?

—Nos ha pasado el informe uno de nuestros hombres que trabaja como agente doble con China y con nosotros.

—O sea, que el Lien Lo Pou se ha enterado de que la Sección 9 de la KGB ha enviado a uno de sus asesinos a liquidar al general Curlington, y como nosotros tenemos un agente que finge trabajar para el Lien Lo Pou pero en realidad trabaja para nosotros, hemos sido informados del asunto por ese agente.

—Sí.

Brigitte terminó el champán de su copa, y mientras Cavanagh le servía más estuvo reflexionando. Por fin, murmuró:

—¿Qué van a ganar los rusos matando al general? A fin de cuentas, lo que en esta ocasión vale de él es su plan, el PTA. Y cabe suponer que el general lo tendrá todo bien escrito y redactado a fin de… ¿No?

—No —dijo Curlington, que había estado moviendo negativamente la cabeza—… No tengo nada escrito, y por una razón que se ha confirmado: el temor a que si mis propuestas estuvieran escritas alguien las consiguiera y se las entregase a los rusos o a otros servicios secretos.

—¿Quiere eso decir que los puntos básicos del Plan Toda América sólo los conoce usted…, que sólo están en su cabeza, general?

—Básicamente, así es.

—Ah… Entonces sí resulta lógico que los rusos hayan decidido eliminarlo, pues de este modo el PTA se quedaría en nada. Pero… ¿cómo saben tantas cosas los rusos? No sólo saben que usted ha ideado ese plan, sino que, evidentemente, saben que sólo está en su cabeza. ¿Cómo han podido conseguir tanta y tan buena información?

—Le aseguro que yo no se la he dado —dijo secamente Curlington.

Brigitte se quedó mirándolo incrédulamente. De pronto, se echó a reír. Cavanagh miró a Curlington, y dijo:

—Brigitte no ha pretendido decir nada semejante, general. A decir verdad creo que está… tomándose a broma todo esto. Y hasta en una buena medida estoy de acuerdo con ella. Vea usted: los rusos se enteran de lo que usted va a hacer, nosotros nos enteramos de que los rusos se han enterado y que han enviado a un asesino, los chinos se han enterado de que los rusos se han enterado de que usted está tramando algo que podría molestar a Rusia… Es como una película, ¿no les parece? Y a Brigitte no le gustan las películas de espionaje, porque siempre son demasiado simples.

—¿Quiere decir que el asunto todavía puede estar más… retorcido de lo que todos estamos comprendiendo hasta ahora?

—Se lo diré a mi manera, general —recuperó la palabra Brigitte, tras otro sorbo de champán—: en cuestiones de espionaje yo no me

fío hoy día absolutamente de nadie.

—¿Ni de él? —señaló con cierta burla el coronel Dickinson a *Mr*. Cavanagh.

—Ni de él —dijo fríamente Brigitte—. Ahora, imagínense ustedes si voy a confiar en un agente doble. ¡Ni que estuviese loca, caballeros!

—¿Significa eso que no cree usted que la Sección 9 ha enviado un hombre a matarme? —Gruñó Curlington.

—Ah, eso sí puedo creerlo perfectamente. Pero le aseguro que si intervengo en esto lo haré a mi manera, no siguiendo directrices de otras personas ni dejándome impresionar por apariencias ni informes de nadie. Aunque algo de lo que nos dicen hay que creer, claro, pues la mentira completa es muy difícil de digerir. Por ejemplo, estoy segura de que nuestro agente doble no sólo nos ha dicho lo de ese enviado de la Sección 9, sino que además sabe su nombre de guerra y hasta, posiblemente, nos haya proporcionado alguna fotografía no demasiado buena pero suficiente. ¿Acierto?

—De lleno, como era de esperar —sonrió Cavanagh.

Puso en las manos de Brigitte un sobre tras recogerle la copa de champán. Brigitte sacó del sobre la fotografía de un hombre, a color. Una foto de primer plano del rostro. Brigitte miró enseguida los ojos del asesino de la Sección 9, y estuvo largo rato observándolos, rodeada de un denso silencio.

El asesino tenía los ojos grises, muy claros; grandes y quietos, plácidos y fríos como dos lagos helados. Por fin, la espía internacional miró las facciones del ruso: secas, viriles, inexpresivas. No era guapo, pero ni mucho menos era feo. Su expresión era la de esa clase de hombre hermético y distante que tiene dificultades para encontrar una mujer que le ame, porque esa mujer ha de ser bien especial…, como él mismo. Para Brigitte, lo que estaba viendo en la fotografía era como si le estuviesen pasando un completo informe sobre el carácter y el modo de vivir, siempre solitario, del asesino ruso.

Por fin, Baby miró a su jefe, y murmuró:

—¿Cómo se llama?

—Llegará a Miami con el nombre de Andrew Holliman, ciudadano británico en viaje de placer. Pero su verdadero nombre es Leonid Kursakov.

—Parece un hombre… interesante.

—¿Interesante? —saltó el general Curlington—. ¡Demonios, ese sujeto es un asesino!

—El general tiene razón —frunció el ceño Cavanagh—… Kursakov es un asesino profesional. Le han ordenado que elimine al general Curlington, y usted sabe que cuando a un agente de la Sección 9 de la KGB se le encarga una muerte hay que tomar serias medidas.

Los ojos de Brigitte Baby Montfort expresaban una impresionante serenidad cuando la espía dijo, suavemente:

—¿Como por ejemplo enviar a una asesina al encuentro del asesino para que lo asesine?

Capítulo II

El señor Andrew Holliman, viajero con pasaporte británico, llegó al puerto de Miami en el crucero *Aquania*, que cumplía viaje desde Jamaica por el Paso de los Vientos. En este barco viajaban bastantes ciudadanos norteamericanos que regresaban de sus vacaciones en el siempre exótico Caribe, y el falso señor Holliman parecía un norteamericano más.

Es decir, que se había cuidado muy bien de dar a su imagen el tono adecuado, con algunos detalles que, para un buen observador, delatarían que no era norteamericano, pero sí británico, y, por supuesto, nunca ruso. Un espía perfecto con una personalidad perfectamente adaptada.

¿Y todo eso para, sencillamente, matar a un hombre y salir a escape de Estados Unidos?

Desde su observatorio dentro de una camioneta en cuyos laterales se leían las inscripciones referentes al servido técnico de una empresa dedicada a reparaciones de aparatos de televisión y videos, la hermosa muchacha rubia de verdes ojos bajó los prismáticos con los que había estado observando al señor Holliman desde que éste apareciera en la amplia pasarela de desembarco del *Aquania* cargado con una mediana maleta de piel de calidad y un portafolios, más bien un neceser de viaje.

—Muy bien —dijo.

Sentada ante el volante de la camioneta, dio el encendido del motor, maniobró, y partió detrás del taxi que había tomado el señor Holliman.

La muchacha rubia de ojos verdes vestía un encantador mono blanco, no demasiado ceñido al cuerpo, que se adivinaba espléndido, turgente y esbelto bajo la delgada tela estival. Sobre el abultado seno izquierdo, bordadas en rojo, las letras TV-Repair. En la espalda, una inscripción mayor, más vistosa, con el nombre de la

empresa: Electronics Suplies.

—Quizás estoy haciendo la tonta —habló de nuevo en voz alta—… Quizá, simplemente, debería matarlo y volverme a casa. No tiene objeto tener tantas consideraciones con un asesino.

Sin embargo, en realidad, la rubia muchacha no tenía consideraciones con el asesino. Si no lo había matado ya, disparándole a la cabeza con un magnífico rifle con mira telescópica que llevaba oculto en la camioneta, no era por consideraciones de tipo personal (aunque de esto también se habría podido hablar más largo y tendido), sino porque a ella todo aquel asunto le olía tan a podrido que había llegado a una conclusión: todos mentían.

Todos excepto, naturalmente, *Mr*. Cavanagh, el cual no la engañaría a ella. No al menos en algo que pudiera costarle la vida… Recordando de pronto la cara que Cavanagh había puesto cuando ella dijo que ni siquiera se fiaba de él, la rubia y guapísima conductora de la camioneta se echó a reír.

Luego, todavía riendo de cuando en cuando, puso en marcha la *radio-cassette* del vehículo.

Ni un solo instante perdió de vista el taxi que conducía al espía ruso hasta su destino en Miami Beach, un discreto motel en segunda línea de mar, de espaldas a Collins Avenue. El Parrot Motel.

¿Había alguien allí, esperando al «especialista» para apoyarlo en su acción o misión, o realmente éste viajaba y operaba solo? Muy pronto lo sabría la rubia.

Esperó a que el taxi hubiera desaparecido hacia el interior de los terrenos del motel, y luego entró con la camioneta, buscó la cabaña de recepción, y se detuvo delante. Saltó ágilmente, entró en la cabaña, y sonrió al hombre de mediana edad y lentes de media luneta por encima de las cuales la contemplaba como quien ve visiones, absolutamente pasmado. Y no había para menos ante aquella belleza plena de vitalidad.

—Buenos días —saludó la rubia—… ¡Apuesto a que ya ha llegado el señor Holliman!

El encargado del motel sacudió la cabeza, y, todavía fresco en su memoria el nombre del hombre que hacía unos minutos se había inscrito en el motel, asintió.

—Sí, así es… Llegó hace unos minutos.

—Estupendo. Bueno, allá voy… No se le ocurra fastidiar la

broma, ¿de acuerdo?

—¿Qué broma?

—La del amor verdadero.

—¿Qué?

La rubia, que sonreía simpáticamente como encantada de la vida, se quedó seria de pronto. Finalmente, su ceño se frunció.

—Maldita sea —dijo graciosamente—… ¿No ha estado aquí, Charlie?

—¿Qué Charlie?

—¡Si ya sabía yo que ese cretino volvería a hacerlo todo mal…! —se indignó la rubia—. ¡Era de temer, pues siempre está metiendo la pata en todas partes! O sea, que el muy imbécil no ha estado aquí.

—Bueno —movió la cabeza el conserje—, la verdad es que no sé de qué Charlie me está usted hablando, encanto. Y por otra parte, nosotros tenemos un contrato de reparaciones con otra empresa, así que…

Había señalado el anagrama sobre el hermoso seno de la rubia. Ésta volvió a maldecir en plan chica guapa y graciosa, y de pronto se quedó mirando fijamente al hombre, y dijo:

—Usted no querrá fastidiarme el día, ¿verdad, simpático?

—Más bien me gustaría alegrarle el día, si he de serle sincero — sonrió el hombre, mostrando un colmillo de oro.

—¿De verdad le gustaría alegrarme el día? —exclamó la rubia.

—Vaya que sí.

—Pues entonces, si el señor Holliman le llama para preguntarle si es cierto que usted me ha llamado para reparar el televisor de su cabaña diga que sí, que trabajo para el motel. ¿De acuerdo?

—Yo había pensado otra cosa para alegrarle el día —torció el gesto el hombre; de pronto se quedó serio—… Escuche, no entiendo nada de nada, y le aseguro que no pienso mentirle a un cliente. Además, ¿quién es usted, qué busca aquí, quién es ese Charlie…?

—Yo se lo explico a usted en un minuto —se ofreció la rubia— … Luego, si usted no me hace ese favor es que es un antipático aguafiestas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Cuál es juego?

—Verá, yo en realidad soy una… chica cariñosa, ¿comprende? Si quiere luego le dejo mi número de teléfono, por si algún día tiene

ganas de darle gusto al cuerpo. Con cien dólares se lo hago pasar divinamente…, aunque en su caso, y ya que ahora va a hacerme este favor, le haré una rebajita.

¿Comprende?

—La madre que me parió —masculló el hombre—… ¿Es usted una prostituta?

—Hombre, no hay necesidad de ser tan brusco, ¿eh? —refunfuñó la rubia—. ¿Qué le cuesta decir que soy una simpática chica, de compañía?

—Ya. ¿Y qué ha venido a hacer aquí?

—Darle un gran gustazo al señor Holliman, de parte de unos amigos. Pero él no sabrá esto hasta mañana o pasado, ¿comprende?

—No, no comprendo.

—Me han contratado unos amigos del señor Hollinan para que me acueste con él. Pero como a él no le gustan las chicas de pago tengo que hacerle creer que soy una empleada de la Electronic Suplies que ha venido a reparar su televisor y que él, sencillamente, me ha seducido y conquistado con sus encantos. ¿Comprende ahora?

El hombre, que estaba pasmado, se echó a reír de pronto, exclamando:

—¡Coño!

—¿Verdad que tiene gracia? —sonrió deliciosamente la rubia.

—Hombre, un poco sí, la verdad… ¡Pues no me gustaría poco a mí que me pasara una cosa así!

—Entonces ¿no va a fastidiarme el día?

—No acostumbramos recibir prostitutas.

—¿Y usted qué sabe? Sin que se entere, los clientes deben de traer aquí de todo, hasta caimanes en los bolsillos. Además… Oh, vamos, estamos hablando de tonterías. ¿Qué es lo que quiere usted? ¿Una propina? Pues se la doy y en paz si me ayuda.

—No quiero dinero —movió la cabeza el conserje… Sólo quiero que me deje su número de teléfono. ¿Comprende?

—Por supuesto —sonrió la rubia; se acercó al mostrador, escribió un número de teléfono de Miami en una hojilla de block, y se quedó mirando sonriente al hombre—… ¿Cómo te llamas?

—Charlie.

La rubia quedó un instante atónita. Luego, los dos se echaron a

reír.

—De acuerdo, Charlie —dijo ella entre risas—, estaré esperando tu llamada. Ahora, todo lo que tienes que hacer si te llama el señor Hollinan, que es muy desconfiado, es decirle que sí, que trabajo para el motel y que mi nombre es Lili Connors. ¿De acuerdo, Charlie?

—Apuesto a que ese tipo se lo va a pasar fenómeno contigo.

—Te tengo en la lista —guiñó un ojo Lili Connors—… Hasta la vista, Charlie.

Salió de la cabaña, subió a la camioneta, movió la cabeza y regresó a lo conserjería, Charlie la miró fascinado.

—¿Y ahora? —inquirió.

—No me has dicho en qué cabaña está el pichón.

—En la treinta y uno. Sigue el sendero de los impares.

Otro guiño, y de nuevo Lili regresó a la camioneta. La condujo por el sendero indicado hasta localizar la cabaña treinta y uno, siguió un poco más, la detuvo, recogió un maletín que aparentemente contenía herramientas y piezas de recambio para televisores, y se encaminó resueltamente a la cabaña ocupada por el espía ruso. Se detuvo a la puerta, y, mientras muy despacio miraba hacia su espalda y los lados, tendía su finísimo oído buscando cualquier sonido revelador dentro de la cabaña, una voz quizás, es decir, más de una voz…

Sólo percibió, suavemente, el rumor del agua de una ducha.

Sonrió secamente y pulsó el llamador. Lo menos que merecía un espía ruso, que además pertenecía a la Sección 9 de la KGB, era que le fastidiasen la ducha. Además, si en lugar de encargarle a ella su muerte, se la hubiesen encargado a otro «especialista» de la CIA, el agente soviético ya estaría muerto…

La puerta se abrió, y apareció Leonid Kursakov chorreando agua envuelto en una toalla de cintura para abajo, los rubios cabellos pegados al cráneo de formas aguileñas. Su fría mirada gris se posó como un baño de hielo en la rubia muchacha americana.

—¿Sí? —murmuró.

—Oh, lo siento —se lamentó hipócritamente Lili Connors—, no podía saber que se estaba duchando, le ruego…

—¿Qué es lo que quiere?

Era alto, delgado pero atlético, musculoso, de pectorales bien

marcados, sólidos, era todo un atleta de rubio vello y aspecto glacial que debía de dejar sin aliento a las chicas corrientes, a esas que se «divierten» con un hombre en lugar de amarlo, y que creen que lo bueno de la vida está en comprarse cosas y en ir a bailar.

—Bueno, Charlie me… me ha llamado para que repare el televisor de esta cabaña… Pero si ahora no puede ser…

—Pase —se apartó el ruso.

Lili Connors entró, y él cerró la puerta, miró su anagrama sobre el seno, asintió, y señaló el aparato de televisión, situado en un ángulo del amplio recibidor-comedor-sala de estar de la cabaña. Lili se encaminó hacia el aparato, y él hizo lo mismo. En el último paso se adelantó a ella, y con un dedo pulsó el mando de encendido. Lili quedó inmóvil. Apenas tres segundos tardó en oírse el sonido, y uno más en aparecer las imágenes en colores, nítidas.

La mirada congelada del señor Holliman, aviesa, se volvió hacia la rubia visitante.

—No parece que el aparato está averiado —dijo.

—Bueno, a veces… son averías intermitentes. Quiero decir que está usted tan tranquilo viendo la televisión y de pronto, ¡puf!, se queda sin imagen.

¿Comprende? Si Charlie me ha llamado es que algo le pasa al aparato, ¿no? De todos modos, ya veo que este no es buen momento para… Ya volveré esta tarde, si le parece.

—Tranquila —dijo siempre con voz neutra el ruso… Deje el maletín ahí y siéntese en ese sillón.

—Pero…

—Haga lo que le digo.

—Sí… Sí señor…

Obedeciendo las muy profesionales y precavidas instrucciones del agente soviético, Lili dejó en el suelo el maletín, y fue a sentarse en el sillón indicado. El ruso se acuclilló ante al maletín, lo abrió, examinó brevemente su contenido. Lo cerró, fue al teléfono, marcó el único número de la conserjería, y cuando obtuvo respuesta dijo:

—Soy Holliman, de la treinta y uno. ¿Ha enviado usted una mujer a reparar el televisor de la cabaña?

—Ya. ¿Cuál es su nombre?

—Bien. Gracias —colgó el auricular y preguntó—:… ¿Cómo se llama usted?

—Lili… Lili Connors.

—Bien. Por supuesto es norteamericana.

—Claro.

—¿De la CIA o del Lien Lo Pou?

Lili sintió primero un enorme desconcierto, y de repente un gran vacío en al estómago. ¿De la CIA o del Lien Lo Pou?

—¿Qué? —alentó apenas.

Leonid Kursakov llevó la mano derecha a la espalda, a la altura de la cintura, y empuñó la pistola que llevaba allí metida sujeta por la toalla. Mostró el arma a la visitante, que abrió mucho los ojos y comenzó a incorporarse exclamando.

—¡Oiga, no…!

Plop, disparó Leonid Kursakov.

Lili Connors recibió el tremendo impacto de la bala en el pecho, justo encima del corazón. Lanzó un grito, giró sobre sí misma y hacia atrás, de modo que cayó de bruces sobre el respaldo del sillón, y volcó éste hacia atrás, cayendo con él al suelo, donde quedó tendida de bruces con el sillón parcialmente sobre su cuerpo.

Leonid Kursakov la miró un instante, apretó los labios, y regresó al cuarto de baño. Dejó la pistola en un lado del lavabo, se metió en la bañera, y terminó de ducharse, impávido. Luego se secó, salió del cuarto de baño al dormitorio, y abrió el armario, donde ya antes había colocado rápida y ordenadamente sus cosas, que volvió a meter en la maleta, excepto la ropa que dejó aparte y con la que se vistió cuando lo hubo recogido todo. Se puso la funda axilar, metió en ella la pistola, recogió la maleta y el maletín, y abandonó el dormitorio. Se fue directo a una de las ventanas, por la cual miró hacia el exterior. Vio la camioneta de la Electronics Suplies, asintió como aceptando la fuga dentro del vehículo providencial, y se volvió, dispuesto a abandonar la cabaña.

Su mirada fue atraída como por un imán por la muchacha rubia, que ahora estaba sentada en el suelo, apuntándole con una pistola.

—Ni pestañee —susurró Lili Connors.

La gélida mirada de Kursakov se posó en el seno izquierdo de la rubia, allí donde había impactado la bala que le había disparado hacía apenas diez minutos. El «mono» blanco estaba perforado. Y eso era todo. El ruso apretó los labios.

—Hagamos un trato —dijo Lili—: usted me dice quién les

informó del Plan Toda América y yo le dejo regresar a Moscú, a su amada Sección 9.

Leonid Kursakov volvió a apretar los labios. Eso fue todo.

—No sea estúpido, Kursakov —dijo Lili, más fría que el ruso—: si le mato usted no ganará nada, y yo seguiré buscando la fuente de información que les hizo llegar las noticias sobre el Plan Toda América. Y usted sabe que terminaré por encontrar esa fuente, ese traidor americano. ¿No le importa conservar la vida?

—¿Usted es Baby? —inquirió el soviético.

—Sí.

—No creí que lo fuese, cuando tan fácilmente quedó a mi merced. Pero bien claro está que me engañó, así que debe de serlo, en efecto. Bueno, al menos no me habrá matado un desgraciado cualquiera.

—¿Significa eso que prefiere morir a conversar conmigo?

—No le diré nada.

—¿Ni siquiera le interesa saber cómo supo la CIA que usted venía y por dónde venía a Estados Unidos?

—Supongo que se lo dirían los chinos. Hace mucho tiempo que andan detrás de mí, y la posibilidad de que me matasen los americanos les debió de parecer magnífica, así que, previendo que ellos fallasen una vez más, avisaron a la CIA de mi llegada. Eso aparte de que deben de tener preparado su personal aquí para darme caza.

—¿El Lien Lo Pou le persigue?

—Hace años —Kursakov sonrió de pronto, como un destello—... Más o menos como a usted, aunque con más motivos, pues les he dado muchos y duros golpes. Jamás dejan pasar la oportunidad de intentar matarme. No va a ser menos en Estados Unidos.

—¿Por eso preguntó si yo era de la CIA o del Lien Lo Pou, aunque fuese americana?

—Sí. Ellos tienen toda clase de personal en todas partes.

—Ya sé eso. Escuche, Kursakov, seamos consecuentes: yo tengo ahora la batuta, y puedo hacerle bailar al son que quiera. ¿No le parece mejor que lleguemos a un acuerdo razonable? Dígame quién le informó del Plan Toda América, y desde aquí mismo podrá emprender viaje a Europa, sin más complicaciones, con su pasaporte británico a nombre de Andrew Hollinan.

—Déjese de tonterías. Yo no creo en todos esos romanticismos que se cuentan de usted. Un espía de nuestra categoría no va por ahí dando besos y perdonando vidas. Haga su trabajo y en paz.

—Dígame al menos una cosa: ¿por qué quieren matar al general Curlington, si él siempre ha sido más bien amistoso con ustedes? Todo el mundo sabe que el general Curlington es partidario de las buenas relaciones con Rusia. ¿Usted no lo sabe? ¿No lo sabe su Sección 9?

Leonid Kursakov titubeó, pareció a punto de decir algo, y finalmente, tras hacer un gesto que a Lili Connors le pareció burlón, apretó los labios con aquel gesto suyo tan determinante.

—¿Acaso no está de acuerdo con algo que he dicho? —tanteó Brigitte en busca de conclusiones.

—Escuche, a mí no me gustan estas conversaciones de falsa cortesía entre colegas, no creo en ellas, ¿comprende? Cada cual es lo que es, todos vamos a conseguir nuestro objetivo, y ahí termina todo. Usted ha ganado. Dispare y acabemos.

—¿De verdad no le importa morir?

—Eso no es cuenta suya.

Lili Connors alzó y estiró más el brazo derecho, y su pistola de cachas de madreperla apuntó a la cabeza del agente de la KGB. Kursakov no reaccionó, ni se movió. Lo único que percibió Brigitte fue, por un instante, el ensanchamiento de las fosas nasales. Los ojos seguían siendo como dos lagos plácidos y helados.

—A mí no me engaña —susurró la espía—… Sé que siente miedo, por la sencilla razón de que en su situación yo lo he sentido muchas veces. Esto no es un juego, Kursakov: si disparo usted va a morir.

—Otro vendrá a matar al general Curlington.

—Muy bien. Usted lo ha querido. Plof, disparó Lili su pistola especial.

Leonid Kursakov sintió un extraño impacto en su pómulo derecho, pero no tuvo siquiera tiempo de sorprenderse, de encontrar algo raro en aquello, porque el gas que contenía la ampolla hizo su efecto en el acto, y el agente ruso rodó por el suelo dormido profundamente.

—Ya veremos si me lo dices o no me lo dices todo, colega —dijo la bellísima Lili poniéndose en pie—… Ya lo veremos. A ver si te

crees que es tan fácil librarse de las garras de Baby…

Salió en busca da la camioneta, que colocó de espaldas ante la puerta de la cabaña, y abrió las puertas. Entró en busca de las cosas de Kursakov y las tiró dentro de la camioneta. Segundos más tarde se cargaba al ruso en un hombro sin problema alguno, lo tiraba también dentro de la camioneta y tras cerrar las puertas se puso al volante y partió.

Capítulo III

Apenas había llegado Lili con la camioneta a Collins Avenue cuando ya sabía que las cosas no iban a ser tan simples como le había parecido tan sólo cinco minutos antes.

Detrás de la camioneta el automóvil Ford de color crema circulaba sin dejarle separarse más de lo estrictamente necesario. Es decir, que al conductor del Ford no le importaba en absoluto que ella se diera cuenta de que la estaba siguiendo.

Mal asunto.

Cuando se actúa con semejante desfachatez es que se tiene muy buen juego en la mano.

Tan bueno que no importa que el contrario lo vea, pues no va a poder conseguir nada mejor.

Y la señorita Connors tardó muy poco en convencerse de ello. Fue cuando tuvo que detenerse en el segundo semáforo. Entonces el automóvil Ford se colocó a su izquierda en lugar de permanecer detrás, y Lili vio aparecer por la ventanilla la sonriente faz de un chino, que le dijo, en perfectísimo inglés:

—Circule detrás de nosotros. Síganos a donde quiera que vayamos.

—¿Qué dice usted? —Probó a hacerse la tonta Lili.

—Que nos siga y no se haga la tonta.

—¿Por qué he de seguirles?

—Porque si no lo hace, desde otro vehículo le van a disparar con un mortero, y usted, la camioneta y Leonid Kursakov quedarán convertidos en picadillo. ¿Me ha entendido?

—Ya lo creo —hizo Lili una simpática mueca que hizo reír al chino.

—Tampoco quiera dárselas de lista, ¿de acuerdo? —dijo el chino —. Lo mejor es que como buena espía acepte las cosas tal como vienen.

—Es uno de los mejores consejos que jamás he oído.

—Pues sígalo. Y arranque: el semáforo ya está verde.

Lili reanudó la marcha, y el Ford volvió a colocarse detrás, pero sólo hasta encontrar el hueco necesario para adelantarla y tomar la cabeza de la expedición. Lili echó un vistazo a su relojito de pulsera, calculando la hora en que Kursakov despertaría de los efectos del gas. No le pareció factible que los chinos la llevasen a un lugar que distase más de dos horas de viaje partiendo de Miami, así que se tranquilizó.

Aunque tampoco era para estar demasiado tranquila, dada la situación. Llevaba en la camioneta un espía de los más peligrosos e implacables del mundo, especializado en matar; y delante viajaban dos chinos en un coche. Y en alguna parte debía de haber otro vehículo, cerca de ella, desde el cual podían dispararle una granada Incendiarla, o rompedora, o cualquier lindeza por el estilo…

«—Ya sabía yo que la cosa no podía ser tan simple; cuando a mí me huele a podrido es que está podrido el asunto».

Desde Miami Beach pasaron a Miami por Julia Tuttle Causeway, y continuaron siempre hacia el interior. Cruzaron por la zona de canales de Hialeah, y luego comenzó a ensancharse el campo ante ellos. Un poco más abajo se hallaba la zona de Los Everglades.

Pero no, no fueron a Los Everglades. El automóvil Ford giró pronto hacia el norte, y apenas siete u ocho minutos más tarde se metía por un camino que en menos de un minuto los llevó a un encantador chalé inesperado. Era una delicia para la vista: había flores y palmeras por todas partes, piscina, pista de tenis… Una cerca de alambre bellamente disimulada por setos y arbustos rodeaba la propiedad, en cuya entrada de blancas columnas redondas había un portero descomunal, un verdadero gigante de rubios cabellos lacios y relucientes como si fuesen de oro.

Lili detuvo junto a él la camioneta, y le preguntó:

—Oiga: ¿de qué parte de China es usted?

El hombre sonrió, hizo un gesto clarísimo y obsceno por medio del cual Lili debía sentirse violada, y luego señaló hacia la casa, hacia la cual se dirigía al automóvil Ford. Lili lo siguió, mirando por el retrovisor, hasta ver aparecer la camioneta «rubia» dentro de la cual, durante el viaje, había visto dos hombres, ninguno de ellos de raza china, pero, evidentemente, eran los compadres de los del

coche Ford.

Éstos ya se habían apeado frente a la casa, y cuando Lili detuvo la camioneta la apuntaron con sus pistolas. La «rubia» se había detenido detrás, y los dos hombres también se habían apeado, apuntando hacia la camioneta con sendos rifles.

—No hay para tanto —protestó Lili.

El chino que había conversado con ella sonrió.

—Nos dijeron que debíamos tener mucho, muchísimo cuidado con la mujer que acudiría al encuentro de Kursakov a matarlo. Pero no debe de ser usted tan peligrosa, puesto que no lo ha matado, ¿verdad?

—Sólo está dormido.

—Apéese.

La rubia Lili obedeció. Del interior de la casa salieron otros dos hombres, éstos sí de raza china, e hicieron un gesto. Lili fue conducida hacia la casa, introducida en ésta, y llevada directamente al salón.

Allá estaba el chino que sin duda conducía todo el asunto, el chino del Lien Lo Pou que dirigía aquel grupo de tan variados personajes pero todos ellos, por supuesto, sicarios del servido secreto chino continental. El chino en cuestión era alto, ligeramente obeso, de expresión inteligente y simpática.

Debía de tener poco más de cuarenta años. Estaba descalzo y se cubría con un albornoz de un tono celeste delicado y bello. Sus negros ojos escrutaban con divertida picardía a la espía americana, que le sonrió. El chino también sonrió.

—Soy Ching —se presentó—, delegado del Lien Lo Pou en el sudeste de los Estados Unidos. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con Lili Connors, delegada de la Electronic Suplies en Miami Beach.

El chino que utilizaba el nombre de Ching, evidentemente nombre de guerra, se echó a reír. Se puso en pie, se acercó a Lili, y pareció que fuese a tocarle un pecho, pero lo que hizo fue introducir un dedo en el boquete que había dejado en el «mono» blanco la bala disparada por Kursakov.

—Debería decirle usted a sus jefes de la Electronic Suplies que le comprasen un uniforme nuevo, señorita Connors. Como ve, éste está agujereado.

—Zambomba, pues es cierto… ¡No me había dado cuenta!

Ching asintió, siempre sonriente. Su mirada se desplazó hacia la puerta del salón. Dos hombres más aparecían en aquel momento, llevando al dormido agente soviético, que tiraron a los pies de Ching como si fuese pura basura. Todavía entró otro chino: portando en una mano el maletín de reparaciones de Lili y otro maletín, éste con florecillas azules estampadas sobre fondo rojo. En la otra mano, una pequeña maleta que, por supuesto, también reconoció en el acto la señorita Connors, la cual suspiró resignada.

Ching la miró con simpatía.

—No nos engañemos —dijo— si usted ha conseguido controlar y engañar a Kursakov es que no es precisamente un angelito inofensivo. Pero al menos resulta… estimulante enfrentarse a adversarios de su aspecto. Los hechos, ciertamente, me dicen que es usted Baby, pero su aspecto lo desmiente. La agente Baby debe de ser mayor, considerando los años que está en activo.

—Ya sabía yo que la suplantación no podía durar mucho —volvió a suspirar Lili.

—¿La suplantación?

—La verdadera Baby hace ya tiempo que está en su casa haciendo calceta. Yo soy sólo una de las chicas que la CIA utiliza para trabajos más o menos importantes, a fin de mantener el nombre de Baby en activo, y que no nos pierdan el respeto.

Ching, que ahora no sonreía sino que la contemplaba seriamente, asintió, y se dirigió en su idioma a dos de los chinos que había en el salón. Éstos abrieron la maleta de Lili y los dos maletines. El de trabajo no les interesó demasiado, pero el otro sí, y lo estuvieron revolviendo todo, hasta el punto de que la espía llegó a temer que encontrarían el doble fondo, cosa que no sucedió. Aunque sí encontraron el doble fondo de la maleta, cosa que estaba prevista precisamente para tranquilizar a posibles adversarios. En este doble fondo había diez mil dólares en billetes de cien, veinte y cincuenta, una pistola plana silenciosa, y un paquete de cigarrillos, que bien pronto fue descubierto como una pequeña radio camuflada.

El más listo allí era Ching, porque estuvo conversando con sus hombres en un tono tal que Lili comprendió que no estaba conforme con lo que habían encontrado, exigía más. Los chinos

volvieron a registrar las pertenencias de Lili, pero el doble fondo del maletín especial permaneció inexpugnable.

—¿No dispone usted de más armas que esta pistola? —preguntó de pronto Ching.

—Tengo otra pistola, que puede disparar cápsulas de gas o balas.

—¿Dónde está?

—Aquí —se tocó Lili entre las ingles.

—Démela. Con cuidado.

La espía descorrió completamente la cremallera del «mono», metió la mano un poco más abajo de la ingle izquierda, y retiró la pistola de cachas de madreperla. Ching la tomó, la examinó, y volvió a mirar a la rubia de los ojos verdes.

—Quítese el «mono» —ordenó.

Lili obedeció, quedando ahora ataviada con una especie de malla de color carne, sólida y densa, que se ceñía a su cuerpo completamente. Con un gesto, Ching le hizo comprender que también debía quitarse esta malla, y la espía procedió a ello, quedando ahora completamente desnuda. Sobre su seno izquierdo podía verse un oscuro hematoma impresionante. Aunque más impresionante era la belleza de Lili Connors, que tenía mudos a todos los presentes, chinos y blancos.

—De modo que Kursakov le disparó —murmuró Ching.

Ella asintió con la cabeza, y señaló su maleta abierta, pidiendo claramente permiso para vestirse con las ropas que había en ella. Ching la autorizó, y dedicó un minuto de atención a la sólida malla que había salvado la vida a la espía americana.

—Es usted muy precavida —dijo.

—Tratando con la Sección 9 hay que serlo, ¿no le parece?

—Sí, desde luego. Es de suponer que con la radio que hay en el paquete de cigarrillos puede usted comunicarse con la CIA.

—Naturalmente.

—¿Y eso es todo? ¿Le dan una pistola y una radio y la envían a enfrentarse con Kursakov? Porque si simplemente se hubiera tratado de matarlo todo me parecería bien, pero usted ha querido hacer mucho más, eso es evidente… Y eso no lo hace una jovencita cualquiera, ¿verdad?

—No soy una jovencita cualquiera. La CIA no utiliza jovencitas cualquiera para enviar representando a Baby.

—Claro. ¿Por qué no mató enseguida a Kursakov?

—Quería hablar con él. Me disponía a llevarlo en la camioneta a algún lugar donde pudiese… tratarlo adecuadamente sin que nadie me molestase. El motel no ora adecuado: siempre hay vecinos que oyen los gritos.

—¿De qué quería hablar con Kursakov?

—Es obvio: quería saber quién le informó sobre todo lo relacionado con el PTA.

—¿El qué?

—El PTA ¿No sabe usted lo que es el PTA?

—Ah, sí… Son las iniciales del Plan Toda América, ¿verdad?

—Ya veo que no os precisamente un secreto. ¿De dónde han sacado ustedes esa información?

Ching soltó una carcajada.

—¡Señorita Connors —exclamó—, que yo no soy su prisionero, no puede interrogarme!

—Pero no perdía nada probando —sonrió Lili—. ¿No le parece a usted descorazonador, Ching? Un general norteamericano inventa un Plan, y automáticamente se enteran los rusos y los chinos. Resulta repulsiva la existencia de tantos traidores.

—Quizá no sean tantos —sugirió Ching—. Quizá sólo sea uno, que está sirviendo a Rusia y a China a la vez, y hasta quizás a otros países, como por ejemplo, Cuba. Quizás ustedes creen que el Plan Toda América es un secreto y resulta que lo conoce ya todo el mundo. ¿Usted sabe en qué consiste?

—No. Tengo entendido que es un plan que podría… contribuir a las relaciones pacíficas entre los ejércitos de toda América, eso es todo.

—¿Una alianza de todos los ejércitos americanos?

—Tal vez, pero en todo caso una alianza para la paz.

—¿Igual que la OTAN?

—La OTAN está ideada con fines bélicos. El PTA no.

—Oiga, no será usted tonta, ¿verdad? —dijo duramente Ching —. Ningún plan militar puede estar elaborado con fines pacíficos. Es decir, quizá sean pacíficos para unos, para los que estén integrados en ese Plan, pero tiene que ser muy peligroso o cuando menos inquietante para quienes no formen parte del Plan.

—¿Está usted diciéndome que China se halla inquieta por la

puesta en marcha del Plan Toda América?

—China, y Rusia, ¿no? —señaló Ching al durmiente Kursakov.

—Ustedes tienen una psicosis contra Estados Unidos.

—Psicosis, ¿eh? Bueno, ya hablaremos más ampliamente de ese Plan. Hablemos ahora de cosas de menos envergadura pero que también tienen su importancia. Por ejemplo, hablemos de Leonid Kursakov, uno de los niños mimados de la KGB y de la Sección 9 en especial. No es fácil conseguir información sobre Kursakov, ¿sabe? Sin embargo, usted estaba esperándolo. ¿De dónde sacó la CIA la información de la llegada de Kursakov?

—Supongo que del mismo sitio que ustedes, ¿no? Es decir, siguiendo el mismo procedimiento: agentes dobles, gente que simulando trabajar para los rusos están en realidad, o al mismo tiempo, trabajando para China y Estados Unidos.

—Pero la CIA ¿consiguió esa información de un agente doble ruso… o de un agente doble chino?

—No lo sé —murmuró Lili.

Ching cogió el paquete de cigarrillos que contenta la radio, y la tiró a las manos de Lili, que la agarró al vuelo.

—Pues pregúntelo.

—¿Qué?

—Vamos, no se haga la idiota. Quiero que pregunte si el agente que les informó de la llegada de Kursakov era ruso o era un maldito traidor infiltrado en el Lien Lo Pou. Y si es esto último quiero saber su nombre.

—¡No van a decirme eso a mí! —exclamó la rubia—. ¡Y menos por radio!

—A usted le van a decir todo lo que usted quiera, agente Baby —deslizó fríamente Ching, sacando una pistola y apuntando muy de cerca a la cabeza de Lili—, de modo que llame y pregunte. Y hágalo con naturalidad y tranquilidad, como si fuese una curiosidad o una necesidad de usted para seguir con esta operación. Si el nombre del informante es ruso, diga que entendido y asunto terminado; si es chino, dígales a sus Simones que tengan preparado a ese agente para enviarlo a reunirse con usted a un lugar que les indicará dentro de un par de horas. ¿Me ha entendido?

—Sí. Pero, escuche, yo no soy la verdadera Baby, y ellos…

—Usted no puede ser otra que la verdadera Baby, si la han

enviado a enfrentarse a Kursakov, así que dejémonos de historias y fingimientos y haga lo que le digo, o la mato ahora mismo.

Durante unos segundos Lili Connors estuvo mirando fijamente los negros y planos ojos de Ching, buscando en ellos la sinceridad de la amenaza. Pero no pudo ver nada absolutamente en los ojos del oriental, que parecían espejos negros. Por fin, Lili accionó el botón de contacto de la radio. Inmediatamente se oyó una voz de hombre por el pequeño aparato:

—¿Sí?

—Baby en Miami. ¿Le causaría algún problema comunicarse inmediatamente con nuestro jefe en la Central, Simón?

—Ningún problema: en absoluto.

—Llámelo ahora mismo, y pregúntale de mi parte el nombre del agente que nos informó del viaje de Kursakov a Estados Unidos, y si es uno de nuestros dobles ruso o chino. Corto y espero su llamada.

—*Okay*.

Lili cortó el contacto, preguntó si podía fumar, y tras conseguir la autorización y encender un cigarrillo se sentó en un sillón. Las miradas de todos seguían fijas en ella. En el suelo, el peligroso Kursakov, que en lugar de tigre había resultado gatito en su enfrentamiento con la agente Baby, seguía durmiendo profundamente bajo los efectos del gas. Afuera lucía un sol espléndido.

—¿Practica usted el tenis o la natación? —preguntó Lili a Ching.

—Cállese.

Simón-Miami llamó cuando Lili estaba terminando el cigarrillo. La espía atendió inmediatamente la llamada.

—¿Tiene la información, Simón?

—Desde luego. También tengo una pregunta: nuestro jefe desea saber si ha eliminado ya a Kursakov.

—Dígale a nuestro jefe que le llamaré personalmente cuando sea conveniente. ¿Qué sabemos de ese agente doble?

—Se llama Wang Crawford, es hijo de una china y un americano, y suele operar preferentemente en Shangai y Macao, utilizando el nombre de Yin Wang. Desde luego es un doble del Lien Lo Pou y nuestro.

—Da acuerdo, gracias. Ahora vuelva a llamar a nuestro jefe, y dígale que voy a necesitar a Yin Wang, de modo que debe hacerlo

venir a Estados Unidos desde donde sea. Dentro de un par de horas volveré a llamar para decirle dónde quiero entrevistarme con Yin Wang. ¿Me ha entendido?

—Desde luego. ¿Está ocurriendo algo que deba preocuparnos?

—Ni en sueños.

—Bien. Insisto: el jefe querrá saber si Kursakov ha muerto ya.

—Todavía no. Dígale que estoy tirando del hilo, y él comprenderá. Hasta dentro de un par de horas, Simón.

—Encantado. Besos.

—Lo mismo digo —sonrió Lili.

Cerró la radio y miró a Ching, que seguía mirándola como si tuviese la pretensión de alcanzar los más profundos pensamientos de la espía americana.

—No me fío de usted —dijo de pronto el chino.

—Yo en su lugar haría lo mismo —sonrió Lili—. Pero si tanto le preocupo, máteme.

—Todo llegará. ¿Qué pasa con Kursakov, qué le ocurre?

—Despertara dentro de una hora, aproximadamente.

Ching asintió, dio unos órdenes en chino, y sus hombres cargaron con el cuerpo de Kursakov y empujaron a Lili fuera de la sala. La llevaron a una habitación, tiraron al suelo a Kursakov, y los encerraron con llave. Lili supo que afuera, junto a la puerta, había quedado un hombre, sin duda el de la metralleta. Se acercó a mirar por la ventana, y nada más ver a dos «jardineros» chinos cuidado el jardín comprendió que si pretendían salir por la ventana serían acribillados. Era lógico.

Pero eso sí: el lugar era encantador, y el día era luminoso, bellísimo.

Capítulo IV

Leonid Kursakov estuvo unos segundos mirando el blanco techo de la habitación, y, por supuesto, poniendo en orden sus ideas una vez regresado a la dura realidad. Luego volvió la cabeza hacia un lado, y vio a la bellísima Lili Connors sentada en el borde de la cama, contemplándolo amablemente.

—Veo que ya ha terminado la siesta —le sonrió.

Kursakov miró la hora en su reloj de pulsera. Luego, se tocó el pómulo, allí donde dos horas antes había recibido el impacto de la ampolla de gas disparada por la espía americana. Finalmente, se sentó en el suelo, cruzó las piernas, y pareció acomodarse como para pasar un buen rato.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—A unas cuantas millas al este de Miami. Es un lugar tranquilo, silencioso, apartado. Podemos conversar sin que nadie interfiera ni se preocupe.

—Entiendo. De manera que me ha traído a una de las madrigueras de la CIA donde torturan a sus prisioneros.

—Naturalmente.

—No veo que tenga ningún arma.

—No necesito armas, Kursakov. Vamos, sea sensato: hay en este lugar una docena de agentes de la CIA que a una orden mía lo harán trizas.

—Pero antes yo puede haberla matado a usted.

—¿Sí? ¿Cómo? Porque usted tampoco tiene armas, colega.

—Puedo matarla con las manos.

—Ya.

—Me parece —sonrió de pronto y no poco sorprendentemente Leonid Kursakov— que esa posibilidad no la inquieta demasiado.

—Si yo no supiera defenderme de cualquier ataque hace ya años que estaría muerta. Pero si tiene usted ganas de una buena pelea

podemos empezar cuando quiera. En un segundo dos de mis Simones entrarán por esa puerta, y si soy yo quien está llevando la peor parte no le arriendo las ganancias.

—¿Y si me está usted venciendo?

—Dejarán que siga divirtiéndome. A veces soy un poco sádica. Pero tengo la esperanza de que sea usted lo suficientemente inteligente. Sólo tiene que decirme un nombre, Kursakov. Dígame quién les está facilitando los datos sobre el PTA y le dejaré regresar a Rusia.

—Dígame usted de dónde saca la idea de que voy a creerla. Además, en el supuesto de que llegásemos a un acuerdo de ese tipo, yo querría saber de dónde sacaron ustedes la información de que yo venía a Miami.

—Creí que no le interesaba. Además, usted mismo dijo que debían de haber sido los chinos, ¿recuerda?

—Pero los chinos debieron de obtener la información de un ruso, inicialmente.

—Sí, comprendo. Es decir, que un ruso, al que llamaremos A, pasa a los chinos la información de que Leonid Kursakov llegará tal día en tal barco a Miami. Ahora bien, un agente doble que trabaja para el Lien Lo Pou y la CIA se entera de esto, y pasa la información a la CIA. A este agente doble podemos llamarlo B. Pero a usted no le interesa el nombre del agente B, sino el del agente A, que es quien está traicionando a la KGB e incluso a la Sección 9.

—Exactamente. ¿Conoce el nombre de ese ruso?

—No, lo siento. Pero conozco el nombre del agente B, precisamente el que no le interesa. Pero vuelvo a insistir: sí que le interesa su propia vida, ¿verdad, Leonid? Pues se la regalo… a cambio de su información. ¿Quién informa a Moscú de todo lo referente al Plan Toda América?

—No tengo esa información.

—Sí la tiene.

—No la tengo. Soy un agente ejecutor, no un directivo. Yo estoy por encima de esas cosas: me dan una orden, la cumplo, y en paz.

—No es cierto. Usted es alguien muy importante dentro de la Sección y eso significa que no pueden dejarlo marchar sin disponer de una… especie de seguro de vida. Ese seguro de vida puede muy bien ser el sistema de comunicarse con ese informador de ustedes

para pedirle ayuda en caso de apuro.

—Es usted demasiado lista.

—Nunca se es demasiado lista. Le diré otra cosa: la CIA no tardará mucho en conocer al traidor, nos lo diga usted o no. ¿Por qué no aprovecha que ahora tiene una carta que nos interesa y la juega a su favor? Piense que si espera demasiado a lo mejor esa carta ya no le servirá.

—La CIA nunca podrá encontrar a esa persona —dijo despectivamente Kursakov.

—Siguiendo cierto plan mío, sí.

—¿Qué plan?

Lili Connors sonrió. Leonid Kursakov terminó por sonreír a su vez, y entonces incluso pareció guapo y simpático.

—Muy bien, pues ya que es usted tan lista y tiene un plan tan bueno siga adelante con él —dijo por fin el ruso—. En lo que a mí respecta si quieren que les diga lo que sé tendrán que torturar o drogarme.

—Podemos hacer las dos cosas.

—Sí, ya me lo temo. Pero a las buenas no le diré nada, ¿está claro?

—Peor para usted.

Kursakov encogió los hombros, se acercó a la ventana tras ponerse en pie y desperezarse, y estuvo unos segundos mirando al exterior antes de expresar un breve desconcierto y luego un pasmo incontenible que hizo reír a Lili. El ruso se volvió hacia ella, y comenzó a maldecir en su idioma. Lili se llevó las manos a las orejas, protegiéndolas de aquel alud de maldiciones y obscenidades.

—¡Pare, pare —suplicó—, que entiendo el ruso! ¡No diga esas cosas!

—¡Maldita sea! —aulló Kursakov, ahora en inglés—. ¡Estamos los dos en manos de los chinos y usted me ha estado presionando como si este lugar fuese una madriguera de la CIA!

—Usted mismo ha dicho antes que soy muy lista, colega.

Kursakov comenzó de nuevo a maldecir, paro se calmó muy pronto, se quedó mirando a Lili, y terminó por mover la cabeza y preguntar:

—¿Qué ocurrió? ¡Y no me cuente una sarta de mentiras!

—Ni siquiera tengo por qué contarle nada. Está siendo bastante

antipático conmigo, yo diría que incluso estúpido, así que no tengo por qué mostrarme complaciente con usted en nada.

—Pero… ¡maldita sea, estamos los dos en manos de los chinos!

—No se lo tome por lo trágico.

—No, ¿eh? Evidentemente usted no sabe cuál es la orden prioritaria que tienen todos los agentes del Lien Lo Pou; si cazan a Leonid Kursakov córtenle la cabeza.

—Para lo que le sirve… Además, ya le han cazado y todavía la tiene en su sitio, ¿no?

—Está bien, está bien… ¿Qué ha ocurrido?

Lili Connors lo explicó, mientras Kursakov miraba hada el exterior y, de cuando en cuando, a ella. Cuando terminó el relato, el ruso miró a la espía americana y murmuró:

—O sea, que todo lo que nos queda por hacer es esperar a ver qué decide hacer Ching con nosotros.

—Bueno, digamos que yo también estoy esperando a ver qué es lo que realmente ha venido a hacer Ching a Miami.

—Es usted una ilusa. Además, Ching no «ha venido» a Miami, sino que ya «estaba» en Miami. ¿No dice que es el delegado del Lien Lo Pou en el sudeste de los Estados Unidos?

—Tonterías. Ching ha venido aquí expresamente por el asunto del PTA y posiblemente como dirigente del grupo que debía cazarlo a usted, pero no es residente en la zona. Un residente del Lien Lo Pou jamás tendría una casa como ésta. Y todos esos hombres, chinos, europeos, americanos… Hay uno que parece un vikingo. Es un grupo variado y selecto a fin de disponer de personal para afrontar cualquier eventualidad.

—Parece que ha analizado usted muy bien la situación.

—Sí.

—¿Y qué piensa hacer respecto al agente B, es decir, a ese Wang Crawford que trabaja para el Lien Lo Pou y para la CIA?

—Ching no tardará en venir por aquí, y será él quien decida al respecto. Pero claro está, lo que él quiere es que le sirvamos en bandeja a Wang Crawford; para decapitarlo por traidor al Lien Lo Pou.

—¿Y usted se lo servirá en bandeja?

—Yo haré lo que tenga que hacer en mi conveniencia —Lili sonrió como disculpándose—…, o en todo caso, lo que pueda hacer

con tal de sobrevivir, no sé si me entiende.

—Claro que la entiendo. Mire, usted parece tomarse esto como si fuese… un deporte, y yo puedo asegurarle que no es así. En estos momentos no daría ni un maldito kopek por nuestras vidas. De modo que no pienso quedarme quieto esperando que venga un chino a decidir mi destino. ¿Viene o se queda?

—No sea absurdo. Intentar la fuga de este lugar es un suicidio… Siga viviendo a la espera de los acontecimientos. Para morir siempre hay tiempo, colega.

—Pues yo prefiero morir ahora intentando la fuga en lugar de permitir que esos chinos se diviertan conmigo. Así que… adiós.

—Eso es lo que quiere, ¿verdad?: suicidarse. Estar en manos de los chinos le parece peor que la muerte.

—Son muchos años fastidiándolos —sonrió acremente el ruso—… Sé que ellos han estado esperando esta ocasión, y tengo la certeza de que lo que menos desean hacer conmigo es matarme, ¿comprende?

—Claro que comprendo. Por lo tanto, le deseo buena suerte y que lo maten, Leonid.

—Suena irónico, ¿verdad? —sonrió de nuevo el ruso—. Decirle a una persona que su buena suerte va a consistir en que lo maten. Pero le aseguro que sí sería buena suerte, comparada con lo que querrán hacerme si me tienen vivo. Bien, adiós.

Lili Connors ya no dijo nada más. El ruso estuvo unos segundos mirándola fijamente, y luego comenzó a descolgarse por la ventana, ágilmente… Pero, en verdad, la pretensión de escapar de allí sin ser visto resultaba ridícula. Casi enseguida, abajo, en el jardín, se oyó un grito de advertencia, y enseguida otro.

No obstante, Leonid Kursakov decidió continuar la fuga, descolgándose por la plata trepadora. Lili se acercó a la ventana, miró hacia abajo, y le vio soltándose de la trepadora, para ganar tiempo. Cayó desde más de tres metros de altura, rebotó, rodó por el suelo, y se puso en pie inmediatamente, echando a correr…, con lo que se puso de manifiesto la dureza de la caída, pues Kursakov cojeaba visiblemente.

Cinco hombres, tres de ellos chinos, habían aparecido por diferentes puntos del jardín, e iniciaban la maniobra para rodear al ejecutor soviético, cortándole el camino por todos lados. En la

puerta de la casa resonó la voz de Ching dando una orden que Lili interpretó exactamente sin necesidad de saber el chino; Ching quería que recapturasen vivo a Kursakov.

Éste se había vuelto precisamente hacia la parte frontal de la casa, y por supuesto debió de ver en ella a Ching.

El ruso se detuvo, sorprendiendo a todos. Desde la ventana, espectadora en posición de privilegio, Lili no podía ver a Ching, pues el porche lo ocultaba, pero veía a Kursakov mejor que nadie.

Y vio la expresión en los grises ojos del soviético mejor que nadie, y comprendió en el acto lo que él estaba pensando, lo que inmediatamente iba a hacer.

—Santo cielo —jadeó la espía americana.

No se equivocó en absoluto: en lugar de intentar la fuga corriendo hacia cualquier punte del cerco que le pareciera vulnerable, Kursakov echó a correr, de pronto, hacia la puerta de la casa, dando lugar al lógico desconcierto de los hombres de Ching, que eran incapaces de comprender lo que pretendía el ruso: asustar a Ching hasta el punto de que éste ordenase que le dispararan, pues el jefe chino sí tenía que darse cuenta de que si no paraba a Kursakov éste lo iba a matar con sus propias manos.

Le decisión del ruso era tal que Lili sintió que se le ponían los pelos de punta. Se oían los gritos ahora casi histéricos del hombre del Lien Lo Pou mientras el atleta ruso corría hacia él como una bala… Y precisamente una bala decidió la cuestión. Desde alguna parte del jardín alguien disparó, acertando a Leonid Kursakov en la pierna derecha.

Lili vio perfectamente cómo se producía el impacto, cómo se abría el agujero como una súbita rosa roja. En el aire parecieron flotar cientos de diminutos puntos rojos, mientras Kursakov emitía un gruñido de fiera y rodaba por el suelo, llevándose las manos a la herida. Se puso de rodillas, y miró hacia la puerta de la casa mientras seguía oyéndose la histérica voz de Ching dando órdenes.

Los hombres del importante agente del Lien Lou Pou corrían ya hacia Kursakov, que, haciendo un esfuerzo, se puso en pie, furioso y altivo… Era como un desafío, como una exigencia de que lo matasen.

Pero los hombres de Ching obedecieron las órdenes de éste, y, ya detenida la fiera que pretendía matar a su jefe, no volvieron a

dispararle; llegaron hasta donde estaba Kursakov, y un gigante rubio se acercó por detrás al ruso y le golpeó con los dos puños en los riñones. Kursakov lanzó un bramido, se fue hacia delante, y aprovechó para descargar un tremendo puñetazo en pleno rostro de uno de los chino, el cual saltó hacia atrás sin emitir siquiera un gemido.

Inmediatamente, tambaleándose, Kursakov se revolvió, y vio al gigante rubio muy cerca de él, dispuesto a golpearle de nuevo. Leonid simuló pretender golpearle en el estómago con el puño derecho, y simultáneamente lanzaba un «picotazo de la serpiente» de Kung Fu a los ojos del bello vikingo, que lanzó un alarido de dolor cuando recibió el tremendo ataque que le reventó el ojo izquierdo. Acto seguido, sin compasión alguna, Kursakov aplicó el zurdazo a la zona genital del vikingo, que lanzó otro bramido y cayó encogido y dejando una cenefa de sangre en el aire…

Otro hombre blanco y tres chinos saltaron a la vez contra Kursakov, golpeándole por la espalda y los flancos. Uno de los chinos, más refinado, le aplicó un puntapié a la herida de la pierna, y Kursakov gritó de nuevo su doler y se fue inevitablemente al suelo…, pero llevándose consigo a uno de los chinos, agarrado por el cuello con una sola mano, como si fuese un polluelo listo para desplumar.

Pero el ruso no procedió a desplumar al chino, sino que, sujetándole también con la otra mano por el cuello, lo atrajo hacía su rostro y le mordió ferozmente en una mejilla, y enseguida en el pómulo, de nuevo en la mejilla… El chino aullaba ahora presa de puro y simple terror ante la ferocidad combativa de Kursakov, que estaba recibiendo puntapiés por todas partes, pero sin soltar al chino, que del espanto había pasado al llanto, para sorpresa de Lili, que sentía de nuevo los pelos de punta viendo cómo luchaba a muerte el hombre de la Sección 9 de la KGB.

Pero su resistencia, por supuesto, tenía un límite, y ni siquiera pudo seguir mordiendo al chino hasta matarlo, pues los puntapiés que recibía eran tremendos, sobre todo en la herida. Tuvo que soltar al chino, que se arrastró velozmente apartándose de él, se puso en pie, y se alejó despavorido, para volverse sólo cuando se consideró a salvo, desorbitados sus ojos, sangrando profusamente por todo el rostro.

También sangraba el rostro de Kursakov, pues a puntapiés le habían partido los labios y un pómulo. Y los golpes seguían cayendo sobre él. Todavía, el ruso alcanzó el pie de uno de los chinos que le golpeaban, derribó el oriental, y, haciendo caso omiso de los terribles golpes que seguían machacándolo, golpeó al chino en los genitales con la cabeza…

Ante los fascinados ojos de la espía americana apareció de pronto Ching, llegando corriendo desde la puerta, chillando órdenes que decidieron rápidamente la cuestión: en lugar de seguir golpeando a Kursakov, que parecía inabatible los hombres de Ching saltaron sobre el ruso, sujetándole e inmovilizándole completamente, para ponerlo en pie a tirones y colocarlo ante el demudado Ching.

Lili vio la mirada del ruso, el gris de sus ojos que parecían ahora mares ea tormenta, y no vio en ellos, en aquella mirada agitada ni el menor asomo de miedo. Estaba sangrando por todo el cuerpo, tenía la cara convertida en un manchurrón de sangre, pero sus ojos seguían incólumes, como si fuesen metálicos, no humanos.

Ching gritó algo, y aplicó un rabioso punterazo entre las ingles del hombre de la Sección 9, que se encogió. Ching volvió a golpear en el mismo sitio, y el ruso se encogió de nuevo. Desde arriba, como en una película en tres dimensiones y a todo color, Lili veía la escena, seguía viendo los ojos del ruso, que parecían ahora ir apagándose… Hubo en ellos como un chispazo cuando Ching le golpeó por tercera vez en los testículos con ferocísima patada, y acto seguido todo terminó: los ojos del ruso se cerraron, y él quedó colgando inerte de los brazos de los hombres que le sujetaban.

Ching, miró hacia le ventana, vio a Lili, y dio una orden, encaminándose hacia la casa.

Sus hombres le siguieron, arrastrando a Kursakov, y Lili supo lo que iba a ocurrir a continuación.

Y, en efecto, ocurrió: apenas un minuto más tarde la puerta de la habitación se abría, y Kursakov era arrojado al interior como una masa de carne muerta. Lili lo miró cuando quedó quieto, tendido cara al techo, ofreciendo una imagen aterradora.

Luego miró a la puerta, en la que se recortaba la elegante, pero ahora nada simpática figura de Ching, que apuntó a la espía americana con un dedo de lacada uña.

—Algo parecido le pasará a usted si cuando vuelva dentro de una hora a buscarla para que llame a la CIA no les dice exactamente lo que yo lo ordene. ¿Está claro?

—No tiene por qué ponerse tan nervioso —dijo sosegadamente la espía—: es usted quien tiene todos los triunfos. ¿Por qué se excita tanto?

Ching apretó los labios, retrocedió, y la puerta fue cerrada. La espía americana se acercó el ruso, lo examinó, y movió la cabeza con gesto de preocupación: si aquella herida de la pierna no era atendida pronto adecuadamente se produciría la infección…, si es que no se había producido ya, pues su aspecto era sucio además de escalofriante.

—Mala suerte, colega —susurró la rubia—: no te han matado.

Capítulo V

Cuando Kursakov recobró el conocimiento estaba completamente desnudo y metido en la bañera del dormitorio, sumergido en agua caliente… teñida de rojo. Junto a él, sentada en un taburete, la espía americana le contemplaba inexpresivamente.

—¿Cómo se siente?

—Muy mal —dijo Leonid, como si la voz le brotara de entrañas rotas.

—Todos hemos pasado por malos ratos como éste —asintió Lili —. El truco consiste en no desesperarse. He preparado unas vendas con trozos de sábana, pero de momento es mejor que permanezca ahí.

—El agua caliente hará que se hinchen más los hematomas.

—Sí, pero le tonificará en general. ¿Realmente es usted tan feroz como le vi cuando luchó con ellos?

—No —la miró él hoscamente—: estaba haciendo teatro. ¡Ese maldito chino me ha dejado los cojones hechos polvo!

—Yo no los he visto así —sonrió Lili—: los he visto inflamados. Mire, Kursakov, yo siempre tengo la idea de escapar, y suelo arreglármelas para conseguirlo, pero le diré sinceramente que no pienso cargar con usted. Le voy a limpiar las heridas, y le voy a vendar la pierna, para dejarlo en las mejores condiciones posibles, paro no pienso complicarme la vida por usted, ¿de acuerdo?

—Nadie le ha pedido nada. Cada cual va a lo suyo.

—Perfecto.

Casi media hora más tarde Leonid Kursakov estaba tendido en la cama, desnudo todavía, pero bien vendado y atendido. Por supuesto, las condiciones físicas del ruso eran muy inferiores a las habituales en él, pero sus ojos volvían a expresar aquella insólita placidez, aquel aspecto de plácidos lagos fríos…

La puerta se abrió, y aparecieron dos hombres armados con

metralletas. Uno de ellos movió la cabeza con gesto harto expresivo, fija su mirada en la espía americana.

—Venga con nosotros.

Lili asintió, y salió de la habitación. Bajaron a la planta, y fueron a la sala, donde esperaba Ching, evidentemente recuperado del sobresalto pasado.

Le tendió la radio a Lili y ordenó:

—Llame, y ordene a la CIA que de momento…

—Yo no puedo dar órdenes a la CIA.

—Usted PUEDE HACER ESO Y MÁS, y no me busque complicaciones. Así que llame y dé órdenes de que Wang Crawford sea traído a Miami, a la espera de siguientes instrucciones.

Lili accionó la radio.

—¿Sí? —Sonó en el acto la voz de Simón.

—Conforme a lo convenido llamo de nuevo respecto al asunto de Wang Crawford. Quiero que lo traigan a Miami. Volveré a llamar.

—Wang Crawford está en Macao ahora.

—Y yo he dicho que lo traigan a Miami, ¿no?

—Sí… Por supuesto. Pasaré sus órdenes. ¿Alguna cosa más?

—No por ahora. Adiós.

—Adiós.

La comunicación fue cortada. Lili devolvió la radio a Ching, que tenía el ceño fruncido y no parecía nada satisfecho.

—Tengo la impresión de que la CIA nos está mintiendo —dijo—… No creo que Crawford esté en Macao.

—Si a mí me dicen que está en Macao es que está en Macao.

—O sea, que por lo menos tardará veinticuatro horas en llegar a Miami, entre unas cosas y otras.

—No lo sé. Pero sería perder el tiempo llamar antes de doce horas. ¿Qué piensa hacer con Kursakov?

—¿No le parece que debería preocuparse por lo que pienso hacer con usted y no con él?

—Él dice que le van a cortar la cabeza.

—El camarada Kursakov es muy optimista —dijo gélidamente Ching—. Despreocúpese de él y no me moleste a mí con esas cosas. Tengo asuntos mucho más importantes que atender y muchas cosas que organizar.

—¿Sí? ¿Qué cosas?

Ching dio una orden en chino, y la espía americana fue sacada de la sala y conducida de nuevo a la habitación. En la cama, Kursakov yacía con aspecto adormecido; la miró, pero inexpresivamente, y pareció quedar dormido. Lili se sentó en un sillón, cerró los ojos, y se durmió.

Hacía mucho calor, y sentía hambre y sobre todo sed; pero sabía que no debía pedir nada, pues nada le darían.

* * *

Hacía pocos minutos que había anochecido cuando llegaron los dos pequeños camiones a la quinta. Desde la ventana, Lili los vio, a la luz del porche y de los distintos puntos del jardín. De las camionetas saltaron, por la parte de atrás, no menos de seis hombres de cada una, que entraron en la casa. Acto seguido las camionetas fueron colocadas a la sombra de un grupo de pinos.

—Son blindadas.

Brigitte volvió a mirar a Kursakov, que, cojeando, se había acercado también a la ventana y había quedado tras ella. El ruso parecía querer perforar la oscuridad con los ojos.

—Sí, eso parece —asintió Lili—… ¿Para qué cree que puede querer Ching dos camionetas blindadas?

—Supongo qua para realizar algún ataque a una posición supuestamente bien defendida.

—¿Por ejemplo?

—No pienso jugar con usted a espías buenos que se ayudan, deje de fastidiarme. Cada cual a lo suyo.

—Siempre son posibles los pactos. Por ejemplo, a usted le traicionó alguien de Moscú informando al Lien Lo Pou de su viaje a Miami, ¿no es cierto? Me pregunto si no le gustaría conocer el nombre de ese traidor.

—¿Acaso lo sabe usted?

—Ya le dije que no. Pero podría llegar a saberlo negociando con Ching. En ese caso, usted y yo podríamos hacer un intercambio… informativo: yo le diría el nombre del sujeto A, es decir, su traidor, y usted me diría el nombre del traidor de Washington, es decir, de la persona que les informó respecto a la creación del Plan Toda

América.

—Olvídelo.

—De acuerdo. Ya no le haré más ofertas. Ni le ayudaré más.

—No necesito nada de usted.

—¿De veras? Tendría que ir al cuarto de baño y mirarse al espejo, amiguito. Parece un fantasma, envuelto en una sábana y con esa cara tan pálida. Me parece que sus amigos de la Sección 9 se llevarían una buena decepción si pudiesen ver ahora al gran Leonid Kursakov, apaleado como un perro, sangrando, y envuelto en una sábana como un fantasma.

—Mis amigos me conocen mejor que usted, y saben que esto no significa nada. Mientras esté vivo seguiré siendo Leonid Kursakov, y le aseguro que yo nunca he defraudado la confianza que la Sección 9 ha puesto en mí.

—¿Me está amenazando? —Se pasmó Lili Connors—. En sus actuales condiciones físicas puedo matarlo con una sola mano, colega.

—Le aconsejo que tenga cuidado conmigo: ya me está fastidiando.

—Hay una cosa que me tiene muy sorprendida de usted, Leonid. Sin duda alguna debe de hacer tiempo que tiene la orden de eliminar a Baby, y sin embargo en ningún momento lo ha intentado… Ésta podría ser una buena ocasión: llevarse por delante a Baby precisamente cuando, por conveniencias, está dispuesta a prestar determinada ayuda a un miembro relativamente importante del Lien Lo Pou. Sería una buena jugada, ¿no le parece?: me mataba a mí y fastidiaba a los chinos. Después de eso podría morir tranquilo… y recibir en el cielo moscovita alguna espléndida condecoración.

—¿Qué le pasa a usted? —Gruñó el ruso—. ¿Por qué habla tanto? ¿Qué está tramando?

Lili Connors frunció el ceño, y no contestó. En aquel momento se abrió la puerta de la habitación, y de nuevo aparecieron dos hombres armados con metralletas. Ni siquiera tuvieron que decir nada para que Lili comprendiera que debía acompañarles. Salió con ellos, y al poco se hallaba de nuevo ante Ching, que otra vez le entregó la radio.

—Ya han pasado doce horas —dijo—. Llame. A partir de ahora

llamará cada hora hasta que llegue Wang Crawford, y escúcheme bien, porque voy a darle instrucciones sobre lo que tiene que decir cuando la informen de que él ya está en Miami… ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió la espía.

Durante cinco minutos el hombre del Lien Lo Pou estuvo dándole instrucciones a la espía americana, que no le interrumpió ni una sola vez. Por fin, bien enterada de lo que pretendía el chino, llamó por la radio…

* * *

Cavanagh abrió los ojos al ser sacudido suavemente por uno de los agentes de la CIA que había seleccionado para aquella situación, y se quedó mirando al joven agente de facciones agresivas.

—Ella ha vuelto a llamar, señor. Dice que a partir de ahora llamará cada hora, y que le urge hacer contacto personal con Wang Crawford, que lo tengamos listo para la entrevista en un lugar que ya nos indicará.

—De acuerdo. —Cavanagh se sentó en el angosto lecho del viejo chalé donde se había instalado con la media docena de hombres especiales que, como él, se habían trasladado a Miami solamente para atender aquel asunto—. Es más que evidente que Baby está en dificultades, así que debemos ir con mucho cuidado.

—Me pregunto para qué quiere hablar personalmente con Crawford.

—Ella no quiere semejante cosa. Si quisiera saber algo de Crawford me lo habría preguntado a mí, y sabe que por medio de nuestras *stations* habríamos comunicado con Crawford y le habríamos dicho lo que quisiera saber. No es ella quien quiere tener a Crawford cerca, sino otras personas. Tengo el pálpito de que son los chinos, que se han enterado de que Crawford nos está sirviendo a nosotros y quieren eliminarlo.

—Pero para eso no tienen ninguna necesidad de hacerlo venir desde Macao, señor: pueden liquidarlo allá con más facilidad que aquí.

—Eso es lo que me tiene desconcertado. ¿Está durmiendo Crawford?

—Qué va. Desde que llegó hace casi dos horas no hace más que

fumar y dar paseos por la salita. Está muy nervioso. Quizá se haya olido que las cosas no van bien para él.

—Sí, posiblemente se huele que puede ser sacrificado.

—¿Quiere decir que si Baby lo quiere para el sacrificio se lo vamos a dar?

—Muchacho, por Baby la CIA sacrificaría incluso al señor Reagan, así que imagínese un mestizo de americano y china que dice estar jugando a nuestro favor y que quizás es mentira y está jugando a favor de los chinos, de los rusos o de los marcianos.

—Pero eso es muy duro, señor.

—En este juego todos sabemos lo que arriesgamos. Bien, puesto que Baby va a llamar dentro de cincuenta y cinco minutos vuelva a despertarme dentro de cincuenta minutos…

* * *

—Señor: es la hora.

Cavanagh despertó de nuevo, asintió, se puso en pie y fue al lavabo. Orinó, se lavó las manos, y regresó al dormitorio, sentándose en el borde del camastro. Encendió un cigarrillo y miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las cuatro menos un minuto de la madrugada.

A las cuatro en punto sonó la radio que tenía ya en la mano el agente de la CIA, que se encargó de contestar, como hasta entonces.

—¿Si? —inquirió.

—¿Ha llegado ya Crawford a Miami?

—Sí.

—Bien. El lugar de la cita es el cruce de la estatal 84 y la nacional 27. A unos cien metros de este cruce hay un ángulo del North New River Canal. Ustedes me estarán esperando entre ambos cruces dentro de media hora, con Crawford, naturalmente. ¿Pueden estar ahí dentro de media hora?

—Creo que sí. En todo caso el retraso sería mínimo.

—De acuerdo entonces.

Baby cortó la comunicación, y el agente miró sobresaltado a Cavanagh, que sonrió socarronamente y se puso en pie, haciéndole señas para que le siguiera.

En cuestión de segundos se hallaban en la salita, donde en un

sofá dormitaba por fin, con gesto inquieto, el espía Wang Crawford, observado por dos agentes de la CIA.

Otros tres agentes dormían de cualquier manera en sillones o sobre una vieja alfombra.

—Nos vamos —dijo Cavanagh.

Los tres agentes que dormían despertaron en el acto y se pusiere en pie. Crawford también despertó, pero no se movió. Sus negrísimos ojos de chino quedaron como clavados en Cavanagh.

—¿Adónde vamos?

—A la cita con Baby.

—¿Por qué no viene ella aquí?

—Puede ser porque no quiere o porque no le conviene. En cualquier caso, cuando la agente Baby da instrucciones simplemente nosotros las aceptamos. Vamos, Crawford, no tenemos tiempo que perder.

—No me gusta esto.

—Uno no se mete a espía por gusto. ¿O sí? Porque si no lo hizo por gusto ahora no debe protestar, ya que se le paga. Y si lo hizo por gusto, ¿de qué se queja? Iremos en dos coches, pero bien separados uno del otro, en contacto por radio… Muévase, Crawford.

El chino-americano se puso en pie, de evidente mala gala. Era alto, esbelto, y vestía un traje color tostado de muy buen corte. Sus facciones tenían un exotismo muy atractivo. Bajo su axila izquierda se veía apenas el abultamiento de la pistola y la funda.

El agente que servía de enlace con Baby había desplegado sobre la mesa un mapa de Florida, y Cavanagh se acercó a echarle un vistazo. El lugar de la cita estaba a la altura de Forth Lauderdale, a unas veinte millas dé la costa y a la misma distancia al norte de Miami. No había alrededor en una buena distancia ningún núcleo urbano.

—Se supone que ella llegará en coche —dijo Simón-Radio—… Pero también podría llegar en lancha por el canal.

—Despreocúpese —Cavanagh metió el cigarrillo en un cenicero —: sea lo que sea lo que tenga que ocurrir es ella y nadie más que ella quien tiene el control, de eso puede estar bien seguro.

Capítulo VI

—Solamente se trata de un traidor que seguramente no es bueno para nadie —dijo Ching—, de modo que no se complique usted la vida, Baby. Simplemente, ayúdeme a eliminarlo y seré considerado con usted.

—Ya. ¿Qué entiende usted por considerado?

—Hablemos claro. Yo podría violarla y luego entregársela a mis hombres para que hicieran lo mismo. Eso no sería demasiado malo…, si cada uno de nosotros, después de violarla, no le fuese cortando algo. Por ejemplo, un dedo, una oreja, una mano, la cabellera, un ojo, un labio… Aunque bien mirado, sería mejor primero violarla todos, pues es usted muy hermosa, y luego hacerle todo eso, para divertirnos de otro modo.

—Usted no puede hacer eso: en Pekín me quieren viva… y entera.

—No estamos en Pekín. Y yo tengo una misión que cumplir.

—O sea, que usted prefiere cumplir esta misión que alcanzar la gloria de haber sido el espía que llevó viva a Baby a China.

—Veo que lo ha comprendido.

—Es decir, que prefiere matar a un simple agente doble que la gloria de ser el vencedor de Baby. ¿Por qué? Es sólo un agente del montón, no entiendo su empeño en matar a Wang Crawford.

—No me gustan los traidores.

—A mí tampoco —sonrió la rubia espía—, pero siempre he sabido valorarlos debidamente. En este caso creo que usted está arriesgando demasiado para matar a un simple traidorzuelo de poca monta que si esta vez ha fastidiado al Lien Lo Pou quizá la próxima vez fastidie a la CIA.

—Seguramente tiene usted razón —asintió Ching—… pero vamos a ir a matar a Crawford, ¿de acuerdo?

—Está bien. ¿Qué pasará con Kursakov?

—Puede despedirse de él: ustedes dos ya no volverán a verse.

—Me gustaría sonsacarle una información a Kursakov, pero no tengo nada que ofrecerle que le interese, según parece. Tal ver podría conseguir algo si le dijese el nombre del ruso que le traicionó informándoles a ustedes de su viaje.

—Yuri Melianov —dijo Ching.

Lili Connors se quedó mirándolo primero pasmada y enseguida con desconfianza evidente.

—¿Y me lo dice así, tan fácilmente? —murmuró.

—¿Por qué no? Es agradable dar estos golpes bajos, informar a los enemigos de que quienes les han traicionado han sido personas en las que confiaban plenamente. Yuri Melianov es uno de los hombres más significados de la Sección 9 de la KGB. Para Kursakov, enterarse de que Melianov es un traidor no va a ser precisamente una alegría, al contrario, le va a revolver las tripas y le va a doler profundamente.

—Usted es un maldito sádico.

—Sí tiene que recoger alguna cosa, hágalo —sonrió Ching—. Usted y yo ya no volveremos aquí. No tarde más de cinco minutos…, por favor.

Lili salió de la sala, seguida por sus dos silenciosos guardianes armados con metralletas. Poco después entraba en la habitación, donde Leonid permanecía tumbado en la cama. Desde la puerta, Lili se despidió:

—Adiós, Leonid: según parece no vamos a volver a vernos.

—Adiós —murmuró el ruso.

—¿Le suena el nombre de Yuri Melianov?

Pesa a sus heridas, a su postración general, Leonid se sentó vivamente en la cama, mordiéndose los labios para no gritar de dolor. Estuvo así unos segundos, y, por fin, jadeó:

—Eso es mentira.

—Veo que me ha comprendido.

—¡Mentira!

—Adiós, Leonid.

Lili dio la vuelta, y se alejó por el pasillo, seguida siempre por sus dos guardianes y dejando al otro de pie como una estatua junto a la puerta de la habitación. Se reunió de nuevo con Ching en la sala. El hombre del Lien Lo Pou la miró socarronamente.

—De todos modos —dijo—, a Kursakov no le va a servir de nada saber eso, ya que nunca escapará de mí. También él es una buena pieza cuya caza me dará prestigio en Pekín. Me parece una tontería preguntarle a usted qué tal es su puntería: apuesto a que es magnífica.

—Como se suele decir, donde pongo el ojo pongo la bala.

—Espléndido. Espero que no falle con Wang Crawford.

—¿Por qué quiere que sea yo quien mate a Crawford?

—Para divertirme —sonrió el chino—. Él ha estado pasando información a la CIA, ¿verdad? Pues ya ve el pago que va a obtener: va a ser asesinado nada menos que por la agente Baby, a la que sin duda él admira mucho.

—Decididamente, Ching, es usted un sádico de cuidado.

—Sí —amplió su sonrisa el chino—, pero no me avergüenzo de ello, puede creerme. Bien, vamos allá.

* * *

Desde la ventana, Leonid Kursakov vio a Lili Connors, Ching y los dos hombres armados con metralletas cuando se introducían en el coche que había sido colocado ante el porche de la casa. Luego, el coche partió, y detrás partió una de las camionetas blindadas, quedando la otra bajo las sombras del arbolado del jardín. Era una noche tibia y quieta, no se oía el más leve soplo de aire. En el cielo sin luna las estrellas parecían azules agujeritos.

Muy pronto, el jardín de la quinta quedó de nuevo en silencio, en plena quietud, sin más luces que las distribuidas adecuadamente y el reflejo de las del porche.

Leonid regresó al interior de la habitación, y luego se acercó sigilosamente a la puerta, aplicando el oído a la madera. No oía nada, pero sabía que en el pasillo debía de estar el hombre armado. ¡Si pudiera estar seguro de que era uno solo…! Le dolía todo, se le había inflamado la cara y la pierna, y cada paso que daba era una tortura atroz, pero su mente seguía funcionando con decisión y vigor.

Volvió a sentarse en el borde de la cama, estuvo pensativo unos minutos, y, por fin, lentamente, su mirada fue hacia la puerta del cuarto de baño. Todavía permaneció pensativo otro par de minutos

antes de decidirse. Entonces entró al cuarto de baño, y abrió los grifos de la bañera y del lavabo.

Seguro que lo que se le había ocurrido a él no se le ocurriría ni a la mismísima Baby. Por cierto que si conseguía escapar no le habría servido de nada conocerla personalmente, ya que era evidente que la espía americana llevaba los cabellos teñidos, y, sin duda, lentes de contacto de un color diferente al verdadero de sus ojos. Y alguna cosa más, claro. Se preguntó si el hombre del Lien Lo Pou se habría dado cuenta de ello… ¿Sería posible que el tal Ching no se hubiera percatado de que la espía americana iba disfrazada?

* * *

—¿Es peluca o son teñidos? —preguntó Ching, volviéndose hacia el asiento de atrás, donde Lili viajaba entre los dos chinos armados—. Hemos estado tan ocupados que no he pensado en interesarme antes por ello.

—Es una peluca —dijo amablemente Lili—, pero tan bien hecha que parecen cabellos naturales.

—Sí, es cierto. Bueno, quítesela. Y también las lentillas, y los rellenos del rostro. Por favor.

Lili asintió, y procedió a retirar de su rostro los rellenos, haciendo lo mismo acto seguido con la peluca y finalmente con las lentillas de contacto. Retiró también el fino casquete de nylon que sujetaba sus negros cabellos ondulados, que sacudió con placer.

—Me estaba dando mucho calor todo esto —dijo.

Ching, que viajaba en el asiento delantero junto al chino que conducía el automóvil la miraba fijamente, como fascinado. No había más luz en el interior del coche que el leve resplandor del salpicadero, y otro resplandor, algo más intenso, procedente de las luces de la camioneta blindada que les seguía a poco menos de cien metros por la solitaria carretera. Ching encendió entonces la luz del techo del coche, que dio de lleno en el rostro de Brigitte Montfort.

Por unos segundos el chino pareció decepcionado, pero de pronto lanzó una exclamación y casi dio un brinco en el asiento, pese a su forzada postura de vuelto hacia atrás.

—Me parece que me ha identificado —sonrió Brigitte.

—Por todos los budas del universo —jadeó el hombre del Lien

Lo Pou—… ¡No puede ser! Mejor dicho… ¡claro que puede ser! ¡Ya lo creo que puede ser! Pero esto… ¡esto es fantástico!

—No hay para tanto —sonrió Brigitte.

—¡Cómo que no! ¡La espía más peligrosa del mundo resulta ser una persona conocida en todo el globo terráqueo y de la que nadie pensaría jamás que fuese capaz de matar una hormiga…!

—Es que no soy capaz de matar una hormiga —casi rió Brigitte —. Las hormigas no me han hecho nada, Ching. Ni a mí, ni al mundo. Las hormigas SON del mundo, y viven su vida lógica y normal. En todo caso somos nosotros quienes estamos incordiándolas a ellas con nuestros insecticidas y todo eso. ¿Por qué habría de matar hormigas?

—La periodista Brigitte Montfort… ¡Fantástico!

—Aquí el único personaje fantástico es usted. Me tiene realmente maravillada y admirada, Ching. Es usted, sin duda, el adversario con más imaginación e inteligencia al que me he enfrentado. Por ejemplo: ¿para qué quiere usted dos camionetas blindadas? ¡No será para matar a un simple traidorzuelo!

—¡Claro que no!

—Entonces… ¿van para atacar a alguien? Por ejemplo… ¿el sitio donde se reúnan con el general Curlington los militares representantes de casi todos los países americanos? Incluso es posible que ya sepa usted cuál será el lugar de la reunión… ¿Lo sabe, Ching?

—Los Cayos de Florida.

Brigitte sintió frío en el estómago.

—¿Dónde de los Kayos? ¿Sabe en cuál de ellos, conoce incluso el sitio exacto de la reunión?

—Todavía no, porque no ha sido determinado exactamente.

—Pero… ¿lo sabrá en cuento el lugar exacto sea elegido?

—Es usted un demonio —susurró el chino—… Y con los demonios no se debe hablar. La conversación ha terminado. Si insiste en seguir conversando mi amigo Fung le partirá la boca de un culatazo. ¿Has oído, Fung?

—Sí —rió el chino que iba a la derecha de Brigitte.

Ésta lo miró, sonrió, y apretó sus sonrosados labios. Afuera todo era oscuro. No se habían cruzado ni siquiera con un solo vehículo, lo que no era de extrañar, dada la hora. Brigitte sabía que llegarían

muy pronto al lugar de la cita, pues Ching debía de haberlo elegido por su proximidad a la quinta donde había instalado su cuartel general…

—Estamos llegando —dijo el conductor.

Ching sacó una pequeña radio de bolsillo, la accionó, y habló en chino unos segundos. Brigitte volvió la cabeza, y vio cómo la camioneta que los seguía apagaba sus luces y se iba quedando rezagada.

—Ahora le diré cómo tiene usted que hacerlo —susurró Ching—… Nos detendremos cerca del coche de sus amigos, usted los llamará utilizando de nuevo la radio, y les dirá que le envíen a Wang Crawford, pues quiere hablar con él dentro de este coche…

—Para eso no hace falta tener buena puntería.

—Era una broma —sonrió sádicamente Ching—… ¿De verdad había creído que soy tan necio como para poner un arma en sus manos? No, ¿verdad? De modo que hará venir a Crawford, y cuando esté cerca usted se apeará, como teniendo la deferencia de recibirlo…

—Lo que usted quiere es que mis compañeros de la CIA tengan la certeza absoluta de que yo estoy en el coche, no sea que desconfiando de ello optasen por lanzarlos al infierno de un bombazo.

—Efectivamente. Así pues, sale usted del coche, con lo que sus compañeros verán que en efecto la tenemos y que de momento está bien, y Crawford seguramente se sentirá más tranquilo y hasta halagado.

—Maldito sea, Ching.

—No siempre se gana, señorita Montfort. Lo que pasa es que usted está acostumbrada a ello, y no le sienta nada bien perder por fin una partida. Sea sensata: si hace algo que no nos guste la acribillaremos por la espalda, es todo muy sencillo. En cambio, si hace lo que le digo, yo mataré a Crawford usted regresará al coche, y nos iremos tranquilamente, mientras usted, otra vez por radio, les dice a sus compañeros que si nos siguen nosotros arrojaremos en su camino la cabeza de usted. ¿Tiene alguna duda?

—No —gruñó la divina espía. Ching volvió a reír.

En aquel momento el coche se detuvo, y el chino que iba al volante dijo algo y señaló hacia delante. Todos miraron hacia allí, y

vieron el coche detenido. En silencio, Ching le tendió una vez más la radio a Brigitte, la cual llamó y dijo exactamente todo cuanto le había ordenado un minuto antes el agente del Lien Lo Pou.

Casi al instante, la portezuela derecha de atrás del coche de la CIA se abrió, y se apeó un hombre alto y esbelto, que se encaminó al parecer no muy convencido hacia el coche de los chinos. Dentro de éste, el propio Ching se dispuso a matar a Wang Crawford, sacando una pistola provista de silenciador que mostró a Brigitte.

—Salga —susurró—, y tenga mucho cuidado con lo que hace, porque si tengo que matarla no vacilaré en hacerlo.

Brigitte no replicó. Salió del coche y caminó lentamente al encuentro de Wang Crawford. Acertó a ver el exótico atractivo de las facciones del agente doble, quizá triple, quizá cuádruple…, era imposible saberlo, porque cuando un espía se pone a hacer el juego de los varios amos es imprevisible cuántos puede tener realmente, de cuántos puede estar cobrando, engañando a unos y a otros…

El finísimo oído de la espía internacional captó, tras ella, el leve chasquido del disparo efectuado con silenciador. Y ante ella vio cómo el ojo derecho de Wang Crawford estallaba en un surtidor breve y siniestro de sangre que pareció tinta en la oscuridad. Crawford apenas emitió un gemido, y cayó de espaldas como si fuese un monigote. Fue una escena breve y terrible incluso para la agente Baby, que en sus muchos años de espionaje había pasado por toda clase de situaciones…

Se detuvo, y se quedó mirando el cadáver de Wang Crawford.

A unos cuarenta metros de ella estaba detenido el coche de la CIA, y no debía dudar que los ocupantes de éste habían visto lo sucedido. Sin embargo, no hubo reacción alguna, nadie salió del coche, no pasó nada.

—Regrese —ordenó Ching.

Con gran docilidad Brigitte dio media vuelta y emprendió el regreso al coche de los chinos. La portezuela por la que había salido se abrió de nuevo. La espía llegó, se inclinó, entró en el coche, pasó ante las rodillas de Fung, ocupó de nuevo el centro del asiento trasero…, y justo en ese momento su codo izquierdo golpeó hacia atrás con tremenda fuerza en la nariz del chino que tenía en este lado.

El golpe fue absolutamente terrible; le partió al chino la nariz

produciéndole un dolor tan intenso que se desvaneció en el acto…, mientras Brigitte, que ya giraba hacia él, agarraba con la mano derecha la metralleta y se volvía velozmente hacia el otro chino, el riente Fung, que ahora no reía sino que estaba respingando sobresaltado… La punta del cañón de la metralleta golpeó en el centro de su frente como si fuese una lanza; se oyó el crujido del hueso, los ojos de Fung bizquearon, y todo su cuerpo se relajó, mientras por el partido cráneo aparecía la sangre en una grieta espeluznante.

Ante el rostro de Brigitte estaba el de Ching, que por supuesto se había vuelto y estaba apuntando a la cabeza de Baby. Ésta oprimió el disparador de la metralleta, y una docena de balas partieron hacia la cabeza de Ching en el instante en que éste disparaba.

La bala disparada por Ching pasó rozando una mejilla de Brigitte, dio en el cristal zaguero, rebotó deslizándose por éste debido al grado de incidencia, y se hundió en el respaldo del asiento. La ráfaga disparada por Brigitte, simplemente destrozó la cabeza de Ching, la reventó como si fuese un melón dentro del cual hubiera estallado un petardo, y la masa encefálica del chino se repartió por todo el coche, salpicándolo todo, incluido el pecho y rostro de la espía, que ya estaba apuntando al conductor del coche con la metralleta.

El chino estaba aterrado y alucinado. Todavía le parecía ver, al resplandor de la ráfaga disparada por Brigitte, cómo reventaba la cabeza de Ching… Cuando quiso reaccionar ya era tarde. Ni siquiera había visto a los agentes de la CIA que acababan da aparecer junto al coche. Uno de ellos abrió la portezuela de su lado, le puso la boca de un silenciador en su sien izquierda, y disparó. También la cabeza del conductor pareció explotar.

Todas las portezuelas del coche habían sido abiertas, cada una de ellas por un atleta vestido de oscuro y empuñando una automática silenciosa en la diestra. Cada uno de estos hombres sacó de un tirón a un chino fuera del coche, y, sin miramientos ni titubeos de ninguna clase, apoyaron la boca de fuego sobre el corazón de cada chino y apretaron el gatillo…

—¡Corran! —gritó Brigitte, saltando del coche—. ¡Corran, aléjense del coche!

Ella fue la primera en echar a correr…, mientras aparecía la

camioneta blindada de Ching disparando ráfagas de ametralladora por los orificios disimulados en la parte delantera. En la oscuridad los disparos parecían un punteo de fuego, y las balas crujían perforando el aire. Brigitte y los cuatro agentes de la CIA se volvieron para disparar todos, como puestos verbalmente de acuerdo, contra el cristal del parabrisas de la camioneta, pero, ciertamente, no habría tenido sentido que ésta fuese blindada y el cristal no fuese antibalas. Por supuesto que lo era, de modo que los proyectiles rebotaron en él, mientras dos agentes de le CIA gritaban al ser alcanzados y revolcados por el plomo…

Del coche de Cavanagh salió otro agente, puso rodilla en tierra, apuntó el fusil lanzagranadas a la camioneta, y disparó. El impacto se produjo en el suelo justo bajo el vientre de la camioneta, que saltó como si fuese una simple astilla, giró espectacularmente y quedó caída sobre el techo, con las ruedas hacia arriba girando furiosamente.

Un chino salió de la cabina, dando tumbos y como queriendo agarrarse al aire para sostenerse en pie. Uno de los agentes de la CIA que quedaba en pie le metió una bala en el corazón, y eso fue todo.

Brigitte corría hacia donde habían caído los dos Simones, uno de los cuales se sentaba en aquel momento lanzando maldiciones. El otro no se movía, y hacia éste desvió su marcha la espía. Se dejó caer de rodillas junto a él, y le dio cuidadosamente la vuelta, mientras Cavanagh llegaba cojeando y su coche era colocado por el joven conductor de modo que las luces iluminaron a Brigitte y al herido.

—¿Está bien? —Llegó jadeando Cavanagh.

—No —replicó Brigitte—, tiene dos heridas, una en…

—¡Se lo pregunto a usted, pregunto si está bien usted! —aulló el jefe del Grupo de Acción de la CIA.

Brigitte alzó la cabeza, le miró, y le vio lívido y alterado como pocas veces le había visto en su vida. Le sonrió cariñosamente.

—Estoy bien —dijo suavemente—… Tranquilícese, Simón.

Cavanagh aspiró profundamente y asintió.

—De acuerdo —murmuró—. Supongo que lo primero que va exigir es que los Simones heridos sean llevados inmediatamente al hospital.

—Por supuesto. Pero, aun sintiéndolo mucho, no puedo acompañarlos: quizá todavía estemos a tiempo de hacernos con Leonid Kursakov, el hombre de la Sección 9 de la KGB.

Capítulo VII

El hombre que vigilaba el pasillo tenía un sueño atroz, pero conseguía mantenerse despierto Por su gusto, simplemente hubiera acribillado al espía ruso encerrado en la habitación, pero ni por asomo se le ocurría la escalofriante idea de desobedecer las órdenes de su jefe, que tenía unos planes muy concretos para el hombre de la Sección 9. Solamente tenían que esperar la llamada por radio de la camioneta que Ching se había llevado, y entonces levantarían el campo con la otra llevándose al ruso. Pero mientras tanto tenían que…

De repente, el chino se dio cuenta de que estaba viendo agua en el suelo. Parpadeó fuertemente, sacudió la cabeza…, y la imagen persistió: estaba viendo agua, que salía por debajo de la puerta.

Tras un instante de furioso desconcierto el chino aplicó un oído a la madera de la puerta, y a los pocos segundos acertó a oír el rumor de agua cayendo al suelo. ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Qué malditos demonios se le había ocurrido al ruso? ¿Se había metido en la bañera y se había muerto o tan sólo desvanecido? Pero… ¿se había metido el ruso en la bañera a aquella hora, casi las seis de la madrugada, todavía de noche…?

—Maldito perro —mascullló el chino en su idioma.

No se fiaba ni pizca del prisionero, de modo que abrió la puerta, la empujó, y apercibió la metralleta, previendo cualquier ataque por parte del ruso. Pero no. El ruso no le iba a atacar, porque, simplemente, yacía en la cama, al fondo de la amplia habitación, y parecía dormido o desvanecido… La mirada del chino regresó al suelo, y vio la mancha de agua que se extendía por todas partes, procedente del cuarto de baño, lógicamente.

Refunfuñando, el chino fue allí, se asomó, y vio la bañera llena, el lavabo lleno, y todos los grifos abiertos. Desde el lavabo el agua caía ruidosamente al suelo. Sin dejar de refunfuñar maldiciones, el

chino entró en el cuarto de baño, se colgó la metralleta al cuello, cerró los grifos del lavabo, hizo lo mismo con los de la bañara, se volvió…

Cuando vio a Leonid Kursakov ante él sintió un tremendo escalofrío que repercutió incluso en su cerebro. Ni siquiera acertó a moverse, no tuvo capacidad de reacción ni tiempo. Simplemente, vio al hombre de la Sección 9 ante él, demudado el rostro, enfebrecidos los ojos, pero alzando con terrible firmeza una de las patas del taburete de baño… Recibió el brutal porrazo en el centro de la frente, le pareció que el mundo estallaba en un dislocado juego de luces artificiales, murió en el acto, y la sangre brotó de modo horroroso por sus ojos, nariz, boca y oídos, mientras se derrumbaba hacia atrás, para caer en la bañera y quedar sumergido en la fría y transparente agua, que se tiñó enseguida de rojo.

Leonid se acercó rápidamente a él, lo asió por la ropa con una mano, y lo alzó, sosteniéndolo hasta retirar de su cuello la metralleta, que se había mojado, pero ni mucho menos hasta el punto de que se hubiera producido el menor estropicio ni en el arma ni en las municiones.

—Ahora veréis —dijo.

Salió del cuarto de baño, cruzó el dormitorio, y apareció en el pasillo. Estaba caminando sigilosamente por éste, sintiendo como feroces mordiscos en la herida de la pierna, cuando apareció por el borde de los escalones la cabeza del bello vikingo, que subía a la planta alta. El bello vikingo también vio a Leonid con lo metralleta en las manos, desorbitó los ojos, abrió la boca…, y el hombre de la Sección 9 disparó.

La cabeza del vikingo desapareció, se oyó el estruendo de su cuerpo rodando escalones abajo. Leonid se acercó, y todavía pudo ver al gigante rubio rodando hasta el vestíbulo. En alguna parte sonó una voz, acto seguido se oyó el batir de una puerta, pisadas… Otro hombre alto y rubio, europeo sin la menor duda, apareció en la zona visual de Leonid, que le apuntó y le disparó una breve ráfaga. El hombre ni siquiera tuvo tiempo de verle. Giró sobre sí mismo como una peonza salpicando sangre a todos lados, y se desplomó de bruces muerto en el acto.

Leonid inició el descenso de la escalinata, apretados los labios, helados sus plácidos ojos grises. Oía más voces, ahora fuera de la

casa. Apuntó la metralleta hacía la puerta, que se abrió, dejando paso a dos chinos apresurados, con expresión de alarma en su rostro, y uno de ellos empuñando una pistola y el otro una metralleta. Por detrás de ellos alcanzaba a verse una leve claridad dorada de nuevo día, que iluminaba el amplio parque de la quinta…

El ruso disparó de nuevo, y los dos chinos cayeron acribillados breve pero mortalmente, chocando uno con otro. Leonid apretó el paso, se apoderó de todas las armas, que se colgó como pudo del cuello, y prosiguió su marcha hacia el exterior. En su mente había una idea fija: tenía que llegar a la camioneta, lo cual sería el mejor modo de considerarse a salvo.

—Y eso de que tú y yo ya no nos veremos más —jadeó, mientras recordaba a la bella rubia Lili Connors— ya puedes ir haciéndote a la idea de que será todo lo contrario, Baby…

* * *

—No está —llegó diciendo el agente de la CIA—. No lo hemos encontrado ni muerto ni vivo.

—Me lo temía —murmuró Baby—… Con la gente como Kursakov no se puede tener consideraciones.

—Hay una escabechina escalofriante en la casa y en el jardín —dijo Simón, como asustado—… ¡Eso no ha podido hacerlo un hombre solo!

—Ese hombre solo —le recordó la divina espía— es ni más ni menos que.

Leonid Kursakov, de la Sección 9 de la KGB.

—Sí, ya, pero aun así…

No dijo nada más. Dentro del coche, Brigitte quedó pensativa, observada por Cavanagh. Hacía pocos minutos que habían llegado a la quinta, ahora con una docena de hombres dispuestos a todo, pero ya no había nada que hacer allí. Comprendieron esto al ver la tétrica quietud y captar el silencio en la quinta, y la inspección realizada por la docena de agentes lo había confirmado: no había nada que hacer allí, sólo quedaban cadáveres.

—De todos modos —dijo Cavanagh de pronto— vamos a registrar bien todo esto; quizás encontremos algo interesante.

—Se ha ido en la camioneta —susurró Brigitte, que parecía ajena a su entorno—… Los ha matado a todos y se ha marchado con la camioneta blindada que quedó aquí. Ahora, con esa camioneta, podrá atacar el lugar donde se reúnan todos los militares americanos del Plan Toda América. Insistirá en matar al general Curlington, nada le detendrá.

—Eso es imposible —masculló Cavanagh—… ¡Tendría que estar loco para intentarlo! Pero además no puede saber dónde se va a celebrar la reunión.

—¿Por qué no? Él y Ching sabían que la anterior se había de celebrar en los kayos…

—¡¿El chino sabía eso?! —aulló Cavanagh—. ¡Usted no me lo dijo!

—Se lo digo ahora. Lo sabía Ching, y seguro que también lo sabe Leonid. Y si sabía que iba a celebrarse la reunión en los kayos lo sabrá se celebre donde se celebre. Y querrá matar al general Curlington.

—¿Está loco ese tipo? ¡Bueno, en realidad es un fanático, simplemente!

—No, no es un fanático —rechazó Baby—… Es un hombre dotado de una voluntad de hierro, muy inteligente y muy valiente, capaz de todo, pero no por fanatismo ni por obcecación, sino fríamente, cerebralmente…, y eso es lo que me preocupa.

—Si es tan listo comprenderá que la CIA va a tomar sus medidas para que ninguna camioneta se acerque al lugar donde se decida celebrar la reunión finalmente. Tomaremos toda clase de precauciones, y él tiene que comprender que un hombre solo jamás conseguirá llegar al general Curlington.

¡Maldito sea, no me diga usted que ese tipo no es un fanático si intenta terminar ese trabajo! ¡Él tiene que saber que jamás conseguirá atravesar la barrera que pondremos!

—Quizá no esté solo ahora, señor —sugirió Simón… Quizá se las haya arreglado para conseguir ayuda. Incluso podría ser que desde Cuba le llegue material, armamento y un numeroso grupo de hombres bien entrenados. Si tan terco es y realmente va a insistir en cumplir las órdenes que le dio la Sección 9…

—Pero esto es horrible —jadeó Cavanagh—… ¡Si tanto los rusos como les chinos sabían que la reunión sería en los kayos significa

que el maldito traidor que tenemos metido en casa informa tanto a los chinos como a los rusos!

—Es verdad —asintió Simón—… ¡Vaya un puerco hijoputa!

—¿Tenemos alguna posibilidad de introducir un mensaje en la red de agentes rusos de Miami? —inquirió la siempre pensativa Brigitte.

—Claro —se volvió hacia ella el Simón que estaba al volante del coche—. Lo mismo que ellos pueden contactar con nosotros. ¿Quiere usted que les hagamos llegar algún mensaje a los rusos?

—Sí. Quiero que les digan que informen al señor Andrew Holliman de que puede llamarme esta tarde, a las seis, al teléfono de la clínica donde hemos internado a nuestros compañeros. Y pasen ese número de teléfono.

—Andrew Holliman es Kursakov, ¿no? —Alzó las cejas Simón—. ¿Y usted quiere que él la llame?

—Si el mensaje le llega, llamará. Bien, vámonos de aquí.

—Quizás encontremos algo en la casa…

—No. Si Ching no pensaba volver es porque que no dejaba en ella nada importante. Sólo una camioneta y unos cuantos hombres, que debían reunirse con él después de terminado lo de Wang Crawford, o quizá dentro de unas horas. Como sea, aquí ya no queda nada. En los únicos sitios donde quizá podríamos encontrar algo es en la otra camioneta o en el coche de Ching.

—Ésos ya los están revisando a fondo —dijo Cavanagh—… Maldito sea, ese chino se nos cargó a Crawford, de todos modos.

—No se ha perdido gran cosa —dijo fríamente Brigitte—. Bien, marchémonos de este lugar, nosotros iremos a la clínica, a ver qué tal están los muchachos. Los demás, que se ocupen del coche de Ching, de la camioneta, y de hacer llegar mi mensaje para Kursakov a los rusos. ¡Y acabo de tener una idea magnífica!

—¿Sí? —saltó Cavanagh, esperanzado—. ¿Qué idea?

—Conseguir un buen desayuno —sonrió angelicalmente la agente Baby—… ¡Hace tanto tiempo que no como nada que ya ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez…!

Los hombres de la CIA se quedaron mirando pasmados a la reina del espionaje mundial. Finalmente soltaron la carcajada.

* * *

A las diez de la mañana la señorita Montfort había devorado un buen desayuno, con un excelente apetito propiciado por la noticia de que ninguno de los dos Simones heridos corría peligro alguno, ni siquiera el que había recibido los dos balazos más graves.

Tranquila en este sentido, la espía pudo dedicar toda su atención al asunto que la tenía ocupada, concediendo prioridad a analizar todo lo que había sido hallado en el coche de Ching, en la camioneta, y sobre los cuerpos de todos y cada uno de los chinos muertos junto al canal. Desafortunadamente, nada de lo que habían encontrado parecía revestir importancia alguna, salvo unas anotaciones en chino y unos dibujos que habían encontrado en una pequeña cartulina hallada en la billetera de Ching, cuyo nombre auténtico seguía sumido en el misterio, si bien se habían enviado fotografías de él y de sus compinches, así como sus huellas dactilares, a los laboratorios de la Central.

En cuanto a la cartulina, había sido puesta en manos de expertos en cuestiones chinas, requeridos a la Central con urgencia, y que habían sido enviados a Miami en un vuelo supersónico especial.

A las cinco y media de la tarde, los dos expertos llegaban a la salita anexa a la habitación doble donde ya operados y perfectamente atendidos reposaban los dos agentes de la CIA heridos aquella madrugada. En la salita, la agente Baby fumaba pacientemente. Junto a ella habían instalado un teléfono con amplificador. Frente a ella, Cavanagh también esperaba. En un sofá, dos jóvenes y atléticos agentes de la CIA bien armados leían revistas y periódicos.

—¿Y bien? —inquirió Cavanagh.

—Tanto los signos como los dibujos —explicó uno de los expertos— expresan una concentración de fuerzas, de hombres armados sosteniendo una posición, que se abastecería de dos fuentes, por supuesto las camionetas. No es nada complicado. En realidad son sólo unas notas digamos de recordatorio estratégico.

—¿Y qué tal era el estratega que ha organizado eso? —preguntó Brigitte.

—Muy bueno, en nuestra opinión. Aunque no somos expertos en estrategia, compréndalo.

—Sea como sea —dijo Cavanagh—, no sabemos nada nuevo. Ya sabíamos que querían atacar el lugar de la reunión que…

—Perdone, señor —le interrumpió Brigitte—… Ellos no han dicho nada de atacar: han hablado de hombres armados sosteniendo una posición, lo que a mi entender no es lo mismo. ¿O estoy equivocada?

—Bueno, no —titubeó el experto—… Realmente lo que se expresa en esas notas no es un ataque, sino lo que hemos dicho: sostener una posición.

—Pero… ¿cómo, sostener una posición? —masculló Cavanagh —. ¿Qué posición? ¡Esa gente no tenía que sostener ninguna posición, sino atacar la nuestra! Esas notas deben de ser planificando un ataque.

—Tal vez sea eso, señor —dijo el otro experto—, pero a nosotros nos parece lo que ya hemos explicado.

—Hagamos una cosa —les miró sonriente Brigitte—: tómense un par de días más para estudiar esas notas. Dentro de cuarenta y ocho horas volveremos a hablar del asunto. Naturalmente, en un excelente hotel frente a la playa y a costa de la CIA.

—Mire —dijo uno de ellos—, no queremos engañarla a usted: si hacemos eso que dice es lo mismo que tomarnos vacaciones, pues ni mi compañero ni yo vamos a mirar una sola vez esa tarjeta, pues estamos bien seguros de lo que decimos. Si nos quedamos todo lo que haremos será tomar el sol.

—¿Y qué tiene de malo tomar el sol? —Les guiñó un ojo Brigitte.

Los dos hombres se quedaron mirándola pasmados. Luego sonrieron, de oreja a oreja, guiñaron también un ojo, y abandonaron la salita. Cavanagh soltó un bufido.

—¡No sé si estoy de acuerdo con que usted regale dos días de vacaciones a cuerpo de rey a dos inútiles! —exclamó.

—Todo el que trabaja tiene luego derecho a descansar, ¿no?

—Me voy a tomar un café por ahí —masculló Cavanagh, poniéndose e pie—. Estoy aburrido de permanecer aquí sentado.

—Le comprando. Pero esté de vuelta a las seis, o no podrá escuchar mi conversación con Leonid Kursakov.

—No se preocupe, que si ese teléfono suena a la seis yo estaré aquí. Hasta ahora mismo.

El teléfono sonó a las seis en punto, cuando Cavanagh, en efecto, ya había regresado y estaba a mitad del cigarrillo encendido al volver a ocupar su sillón. La propia Brigitte atendió la llamada,

pulsando el botón que permitía que la conversación se oyera en toda la salita.

—Hola, Leonid —saludó—. ¿Cómo está?

—¿Qué es lo que quiere ahora? —Gruñó el ruso—. No tengo tiempo para perder en tonterías, se lo aseguro.

—¿Acaso no puedo interesarme por el estado de un colega?

—Estoy bien, gracias. ¿Algo más?

—Sí. Quiero que me diga el nombre de su informante, es decir, de nuestro traidor. Ocurre que vamos a cambiar el lugar de la reunión, y no quisiera que los chinos volvieran a enterarse. Porque ocurre que ese traidor no sólo les informa a ustedes, sino también al Lien Lo Pou. O sea, que también está jugando con dos barajas. O quizá tres. ¿Cuál es su nombre, Leonid?

—No pienso decirle nada de eso, colega.

—Yo le informé a usted respecto a la traición de Yuri Melianov.

—No diga tonterías. Yuri Melianov no es ningún traidor.

—¿Cree que me inventé ese nombre? El propio Ching…

—Ese Ching era un hijoputa enorme. ¿No se da usted cuenta de su jugada?: por si yo conseguía escapar me metió en los sesos por medio de usted el nombre de Yuri Melianov, para que yo lo denunciase a la Sección 9 y lo eliminasen en Moscú. O sea, que si yo me escapaba, al menos se aseguraba de que nosotros mismos íbamos a eliminar nada menos que a Melianov, uno de nuestros jefes más significados y que mejor saben cómo tratar a los chinos en el terreno del espionaje en toda Asia…

—Pero por eficaz que sea no excluye la posibilidad de que sea un traidor, ¿no le parece?

—No, no me parece. Y le diré por qué, colega: Yuri Melianov me enseñó todo cuanto sé de espionaje, fue mi maestro durante más de quince años y le conozco mejor que a mi padre y que a mí mismo. ¿Lo entiende? El día en que Yuri Melianov cometa traición el mundo se romperá en pedazos. ¿Está claro? Y estoy seguro de que usted también confía en alguien de ese modo, ahí, en su maldita CIA.

La mirada de Brigitte fue a los grises ojos de *Mr*. Cavanagh, le sonrió, y volvió a mirar el teléfono especial.

—De acuerdo, Leonid. No enfoquemos más la cosa de ese modo. Se lo diré de otra manera: si usted me ayuda yo le ayudaré a

regresar a Moscú, pero si no me ayuda voy a poner mis muchos años de espionaje al servicio de un cerco tal que usted jamás podrá salir de Miami, ni vivo ni muerto.

—Amiguita —sonó la risa de Kursakov—, YA NO ESTOY EN MIAMI.

—¿No? ¿De veras? Pues le felicito… ¿Dónde está ahora?

—No voy a decirle dónde estoy ahora, pero le diré dónde estaré en el momento oportuno: estaré allí donde ustedes lleven al general Curlington, para exterminarlo.

—Ya no se va a celebrar la reunión en un kayo, Leonid.

—Sea donde sea, allí estaré yo. ¿Algo más?

—Sí —musitó Brigitte, impresionada a su pesar—… ¿Cómo puedo ponerme en contacto urgente con usted, si ocurriese algo que lo hiciera necesario?

—Usted ya me tiene harto y aburrido con su modo de hacer el espionaje —replicó el ruso—. Váyase al infierno.

—Estoy esperando a que usted me preceda —replicó amablemente Brigitte—. ¿Debo entender que realmente no desea de ninguna manera llegar a un acuerdo conmigo?

—¡Por fin lo ha comprendido!

—Como quiera. Peor para usted, Leonid.

Brigitte cortó la comunicación, y la salita quedó sumida en denso silencio. Por fin, Cavanagh murmuró:

—Es imposible que ese hombre llegue a saber dónde será la reunión.

—¿Imposible? ¡Claro que no! —exclamó Brigitte—. Si hasta ahora se ha estado enterando de todo así será en el futuro.

—No —insistió Cavanagh—. Por la sencilla razón de que esa reunión va a suspenderse, y así seguirá hasta que hayamos cazado a Kursakov o hayamos encontrado al traidor que nos está vendiendo de modo tan insistente al servicio secreto ruso. De ninguna manera deseamos perder al general Curlington, así que suspenderemos la reunión.

—¿Y si yo le pidiera que no la suspendiera? —murmuró Brigitte.

Cavanagh se quedó mirando los azules ojos que le contemplaban tan serenamente. Eran muchos años de labor en común, muchos años de lucha juntos, muchos años de conocer a aquella mujer absolutamente excepcional.

—Bueno —sonrió por fin Cavanagh—, si usted me pidiera la Luna subiría a buscarla ahora mismo, así que imagínese cuando sólo me pide que se celebre una reunión que ya se está retrasando demasiado… Pero apuesto mi cabellera a que tiene algo más que decir.

—Por supuesto —sonrió la espía—. Lo que vamos a hacer es lo siguiente…

Capítulo VIII

La reunión inicial se celebró en un simpático *bungalow* frente a una playa al sur de Florida. Una reunión a la que sólo asistieron el general Ramsey Curlington y su ayudante, amigo y persona de confianza, el comandante Alfred Dickinson. Una reunión en absoluto militar, informal y con sabor a día de verano y color de flores. Una reunión en la que sólo había cinco personas: la agente Baby, Cavanagh, y un agente de la CIA en calidad de chófer y secretarlo personal, y el general Curlington y el comandante Dickinson, que habían sido depositados allí por un helicóptero que se había marchado acto seguido y cuyo piloto tenía orden de regresar a buscarlos cuando fuese requerido por radio.

La propia Brigitte, que parecía hallarse de vacaciones en el *bungalow*, había servido refrescos a los presentes, los cuales procuraban no expresar demasiado claramente su admiración hacia la espía, cuya indumentaria era un reducidísimo bikini azul que hacía juego con sus ojos y contrastaba con el bronceado exquisito de su piel.

—A ver si lo he entendido —gruñó por fin el general Curlington —; se trata de basar las medidas de seguridad no en un grupo de hombres bien armados y pertrechados, sino en una mentira. Es decir, que la CIA hará correr la voz de que la reunión del Plan Todo América va a celebrarse en Nassau, pero en realidad la celebraremos donde se había previsto inicialmente, o sea, en uno de los kayos. ¿Es eso?

—Exactamente, general —asintió Brigitte sorbiendo piña colada por medio de la pajita.

—A mí me parece un plan bastante ingenuo —dijo el comandante Dickinson.

—Eso no es lo malo —remachó Curlington—… Las cosas ingenuas, sencillas, a veces dan buenos resultados, incluso en

estrategia militar. Lo malo es que, según he entendido, ese agente de la Sección 9 se entera de todo, y lógicamente se enterará de la verdad.

—No creemos que eso suceda esta vez, general.

—¿Por qué no?

—Porque la vendad sólo la conocerá un reducido y selecto grupo de personas de las que es imposible desconfiar.

—¿Cuántas personas? —inquirió Dickinson—. ¿Una docena, dos…?

—Las menos posible, comandante. Posiblemente, en total sean una veintena, pero le garantizo que ninguna de ellas es susceptible de traición. El general Curlington se hallará completamente a salvo en la quinta que ya ha sido seleccionada en Marathon Key, y que ya está siendo dotada de todos los sistemas imaginables de seguridad. Es una quinta aislada, rodeada de un gran parque con palmeras y zona ajardinada. Se halla situada entre Sombrero Beach Road y el Lago Salida del Sol… Incluso si alguien pretendiera atacar ese lugar por el aire sería abatido por armas adecuadas.

—O sea, que además de ser una mentira, hay armas y hombres.

—Bueno, comandante —sonrió la divina—, no hay por qué confiarse en lo más mínimo, ¿comprende? Miren, hay que tomar una decisión, y pronto, o bien decirles a los militares de toda América que están esperando que se vuelvan a sus casas…, lo que, francamente, me parecería un tremendo error. En estos momentos sabemos que se hallan impacientes y que comienzan a estar indecisos entre acudir o no a la reunión. Si después de estas dilaciones les decimos que la reunión ha sido suspendida dudo mucho que resulte fácil volver a convencerlos dentro de un tiempo de que asistan a una nueva reunión.

—Parece que tiene usted mucho interés en esa reunión —frunció el ceño Curlington.

—En ningún momento he ocultado que el Plan Toda América tiene mis simpatías —se sorprendió Brigitte—… Eso de que se reúnen un montón de militares para hacer planes pacíficos no ocurre todos los días, ¿sabe usted? Y francamente, la posibilidad de entendimientos militares pacíficos en América hace que me derrita de gusto.

Los hombres que contemplaban a la bellísima mujer sonrieron

ante su simpático modo de expresarse. El general Curlington movió la cabeza, y masculló:

—Está bien, acepto su plan, señorita Montfort. ¿Cuándo y cómo nos trasladaremos a los kayos?

—Mañana, en lancha. Prácticamente estamos en ellos. Me permito sugerirles que ustedes dos se queden aquí mientras mis compañeros y yo terminamos de prepararlo todo.

—¿Quiere decir que nos van a dejar solos aquí? —exclamó Dickinson.

—Tienen de todo, desde teléfono a champán frío en el frigorífico, desde télex a televisión —la espía sonreía en verdad divertida—… Vamos, comandante, no está usted tratando con una tonta novata, sino con la agente Baby. Eso aparte, no van a estar ustedes propiamente solos, sino acompañados discretamente por media docena de mis Simones de los mejor preparados para esta clase de trabajos. Y mientras ustedes se relajan y cambian impresiones *Mr.* Cavanagh y yo ultimaremos todos les detalles para la reunión en el Lago Salida del Sol. ¿De acuerdo?

—Esperemos que Kursakov no se haya enterado de que estamos en este *bungalow*.

—No se ha enterado —aseguró Brigitte—. De eso puede estar usted completamente seguro. Bien —suspiró la bellísima—, la verdad es que se está estupendamente aquí, sin hacer nada más que tomar el sol, pero no tengo más remedio que atender esos asuntos. Mañana a media tarde pasaré personalmente a recogerlos con una lancha. ¿Todo entendido?

—Desde luego. ¿Cuándo llegarán los militares americanos a la quinta?

—*Mr.* Cavanagh se encargará de ese punto. Cabe esperar que consiga concentrarlos a todos en la quinta también mañana por la noche, o lo más tarde por la mañana siguiente. ¿Es así, señor?

—Sí —asintió Cavanagh, que miró su reloj—… Y tenemos muchas cosas que hacer, Brigitte, de modo que si se viste nos vamos enseguida.

—Por supuesto… ¡Vaya, justo a tiempo se terminó la piña colada!

Hubo algunas sonrisas. Brigitte pasó a uno de los pequeños dormitorios, donde se vistió de calle. Mientras tanto, Cavanagh

llamó al helicóptero utilizando la radio de bolsillo con suplemento, y dio instrucciones también por radio a un grupo de hombres que hasta entonces no habían hecho el menor acto de presencia, pero que, evidentemente, estaban donde tenían que estar, y que aseguraron tomar sus posiciones en torno al *bungalow*.

Ya viajando en el helicóptero, Cavanagh dijo:

—Todo esto es diabólico.

—¿Quiere usted decir que YO soy diabólica? —sonrió Brigitte.

—Bueno, digamos que es un asunto que me pone los pelos de punta, y que parece todo tan… artificioso e imposible.

—O sea, que usted no cree que consigamos nuestro objetivo.

—Ah, no, no es eso lo que he querido decir, ¡ni mucho menos! En ese sentido no tengo la menor duda respecto al triunfo, querida: si usted dice que cazaremos el traidor y a Kursakov, es que así será. ¡Antes creería que hace frío en el sol que tan sólo suponer que usted fracasara!

—Su fe en mí es conmovedora —rió Brigitte.

—No es solamente fe: es experiencia. Bien, los juegos están servidos, ahora queda esperar a mañana por la tarde para jugar la partida con el temible hombre de la Sección 9.

* * *

Hacia las siete de la tarde siguiente la agente Baby apareció en el *bungalow* donde comenzaban ya a impacientarse el general Curlington y el comandante Dickinson, y los condujo, a pie, hasta la playita donde aguardaba la lancha en la que ella había llegado, acompañada de dos altos, atléticos y hermosos agentes de la CIA. Los dos militares pasaron a la lancha, y aquella posición transitoria quedó inmediatamente a cargo del equipo de desmantelamiento que dejaría el lugar limpio de todo rastro.

Mientras tanto, la lancha navegaba ya por las límpidas aguas de los kayos, sorteando éstos en dirección al sur por Florida Bay. Pronto dejaron atrás la zona donde había más islotes. Pasaron ante Greyhound Key y Duck Key, y por entre éste y Marathon Kay pasaron al otro lado de la cadena de kayos… Era una tarde que parecía de seda dorada, con bordados hechos de gaviotas y peces que saltaban en las aguas ahora más rizadas. De cuando en cuando,

los dos militares miraban como subrepticiamente a Brigitte, que estaba bellísima con su elegante conjunto de tarde blanco, y que sonreía dando cara a la marcha, como queriendo empapar su rostro en la brisa marina… Su aspecto y actitud era el de una jovencita que no tenía ni un solo problema o pequeña preocupación en la vida.

La lancha llegó a destino, en la costa sur de Marathon Key cuando la seda dorada del cielo parecía ir tiñéndose lentamente de rojo. Fue colocada una pasarela, por la que Brigitte y sus dos acompañantes llegaron a tierra firme. La lancha se alejó. Un viejo y confortable automóvil apareció, y los tres subieron a él.

—¿Todo bien, Simón? —preguntó Brigitte al conductor.

—Todo perfecto —aseguró el agente de la CIA.

Llegaron en menos de dos minutos a la quinta, en cuyo centro se divisaban agrupadas numerosas palmeras. Más allá relucían al sol las aguas del Lago de Salida del Sol. El general Curlington y el comandante Dickinson iban mirando con expresión crítica a todos lados. No veían nada excepcional, nada especial, pero les constaba que la agente Baby había tomado todas las medidas necesarias para que se celebrase la reunión que pondría en marcha el Plan Toda América.

El automóvil se detuvo ante la casa, muy grande, de aspecto amplio y fresco, con dos pisos, en el segundo de los cuales se divisaban encantadores toldos listados de azul y blanco. Una piscina y una pista de tenis a la izquierda de la casa. Un garaje y pabellón a la derecha, a unos sesenta metros. Había un jardín bien cuidado, y setos.

—Caray —dijo Dickinson.

Brigitte le miró, sonrió, y eso fue todo. Los tres se habían apeado, y entraron en la casa. Dentro de ésta el silencio era total, y se percibía en el acto una atmósfera silenciosa y quieta, de gran sosiego. Dos hombres aparecieron, se hicieron cargo de los reducidos equipajes de ambos militares, y los subieron al primer piso, destinado íntegra y exclusivamente a dormitorios.

—¿Les apetece una cena de champán? —ofreció Brigitte, señalando una doble puerta, a la izquierda del vestíbulo.

Entraron en el salón. En el centro, junto a la mesita, había un carrito en el cual había un cubo metálico conteniendo una botella

de champán rodeado de hielo picado.

—Caray —volvió a decir Dickinson. Rieron los tres.

Brigitte descorchó la botella, sirvió el champán, y se sentó, con una copa en la mano izquierda.

—Por toda América —brindó, alzando la copa—… Para que el futuro nos ofrezca a todos los americanos, y a todo el mundo, paz y progreso.

—¿No son los brasileños los que dicen eso, o algo parecido?

—Ahora comprendo por qué siempre me han caído bien los brasileños. De nuevo rieron los tres.

—¿Dónde está Cavanagh? —preguntó el general.

—Haciendo su parte, no se preocupen. Estén tranquilos, que yo me basto para recibir a Kursakov como se merece.

Los dos se quedaron mirándola con expresión estupefacta.

—¿Recibirlo? —susurró Curlington—. ¿Quiere decir que él va a venir aquí?

—Me sorprendería mucho que no lo hiciera.

—Pero… ¿de qué está hablando? —jadeó Curlington—. ¡Usted garantizó que…!

—Tranquilícese, general. A fin de cuentas son ustedes quienes han avisado a Kursakov de que están aquí.

El estupor de los dos militares era total.

—¿Se ha vuelto usted loca? —Casi tartamudeó por fin Curlington—. ¡Nosotros no hemos avisado a nadie de que estamos aquí! ¡Ni siquiera lo saben nuestras familias! ¿Nos cree tan necios como para decírselo a alguien?

—Anoche los dos llamamos a casa, es cierto —dijo Dickinson—, pero fue una llamada breve y que no mencionaba en absoluto ningún lugar…

—Ya lo sé —sonrió encantadoramente la espía—… Tenemos grabadas sus conversaciones, las llamadas de los dos a sus respectivas familias.

—¿Quiere decir… que nos han estado… espiando a nosotros?

—Digamos un simple control de seguridad.

—Esto es indigno —jadeó Dickinson—… ¡Mejor dicho, es muy digno de la CIA! ¡Nos dicen que disponemos de teléfono y télex y se dedican a espiarnos! ¡Y dice que hemos avisado a Kursakov…!

—Si realmente han grabado nuestras llamadas a casa —dijo

Curlington— ya habrá comprobado que ni siquiera mencionamos este asunto que podría inquietar a la familia.

—Vamos, general, no me diga usted que no sabe lo que es una clave.

—¿Una clave? ¡Claro que lo sé!

—¿Sugiere que estuvimos hablando con nuestra familia en clave? —Se encrespó Dickinson.

—Apostaría cualquier cosa a que sus familias no tienen ni idea de esto —dijo amablemente Brigitte—. Para ellos su llamada y su conversación fueron totalmente normales. Pero alguien que tuviera intervenidos sus teléfonos y que por supuesto pudo grabar la conversación quizás encontró en ésta la información suficiente.

—Lo cual significaría que uno de nosotros dos sabe que el teléfono de su casa está intervenido por alguien a quien le pasa información en clave contenida en lo que parecerían simples conversaciones familiares —dijo seca— mente Curlington.

—Evidentemente, general.

—¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo? —Crispó la voz el comandante Dickinson—. ¡Nos está acusando al general y a mí de traición!

—Comandante Dickinson: si Leonid Kursakov aparece por aquí esta noche no me cabrá la menor duda al respecto.

—Pero… ¿por qué nos hace esto a nosotros? ¡Aunque ese ruso viniera no significaría que le habíamos avisado uno de nosotros, usted misma dijo que había muchas personas que saben dónde estaríamos para celebrar la reunión con los militares americanos!

—No, comandante —rechazó la espía—. No lo sabe nadie excepto ustedes dos, yo, y cuatro personas de mi absoluta confianza. Por lo tanto, si Kursakov viene querrá decir que uno de ustedes dos lo ha avisado por medio de la clave que he mencionado. Le he estado dando muchas vueltas al asunto, y no he encontrado ninguna otra explicación.

—¿Ninguna otra explicación? —saltó Curlington—. ¿Quiere decir que usted no puede equivocarse?

—Ah, eso sí, naturalmente… Soy muy inteligente, pero no adivina, ni infalible, siempre lo he dicho.

—¿Y qué pasará si se equivoca? —Casi gritó Dickinson—. ¿Qué pasará si todas sus conclusiones son falsas?

—Les pediré perdón —sonrió Brigitte.

—¡Nos pedirá perdón! —bramó Dickinson—. ¡Escuche, no pienso permanecer en este lugar ni un solo segundo más, no pienso tolerar que se me trate de este modo, ni pienso!

—No piense tanto, comandante. Y créame, tómese las cosas con mucha calma.

—Todo esto que usted está haciendo es indigno y absurdo —murmuró Curlington, que parecía más sereno—. Realmente es intolerable, señorita Montfort. Y por supuesto cuando salgamos de aquí informaré al señor presidente y a quien convenga.

—Huy, qué miedo, el señor presidente —dijo irónicamente Brigitte—… ¿Cree usted que a mí me asusta el presidente, general? Mire, a mí no me asusta ni el mismísimo demonio, ¿comprende? Y por otra parte, usted debería haber comprendido ya que si la agente Baby ha dado este paso es porque tiene sus buenos motivos…, aunque sólo sea el gesto de un adversario.

—¿De qué está hablando, qué quiere decir…?

—Le dije a Kursakov que todo el mundo sabía que usted era partidario de las buenas relaciones con Rusia… ¿Y sabe qué hizo Kursakov?

—¿Qué hizo?

—Sonrió burlonamente. Fue un instante, pero lo hizo. Y ese gesto, esa sonrisita burlona, ha estado dando vueltas y vueltas en mi imaginación desde entonces. ¿Acaso no es cierto que todo el mundo sabe que usted es partidario de las buenas relaciones con Rusia? Entonces… ¿por qué se burló de mí Leonid Kursakov cuando le dije eso? Yo misma le daré la respuesta, general: Kursakov se burló de mí porque él sabía que no era cierto.

—Pero… ¿de qué demonios está usted hablando? —jadeó el general, lívido—. ¿Qué está tratando de decir?

—Y luego, ese empeño de Ching en hacer venir a Estados Unidos a Wang Crawford, para matarlo. ¡Pero si le habría sido facilísimo ordenar desde aquí que Crawford fuese eliminado en Macao! Pero no, no podía hacer eso: quería matarlo él personalmente, no por placer, ni por sadismo, como él trató por todos los medios de hacerme creer, sino porque quería estar bien seguro de que Crawford moría. ¿Y sabe por qué esa prisa y ese afán por eliminarlo?

—¿Por qué?

—Pues porque del mismo modo que Crawford se había enterado del viaje de Kursakov podía enterarse de otras cosas; y un enemigo así no podía permanecer con vida, ya que en cualquier momento podía pasar a la CIA o a cualquier otro servicio que también le tuviese contratado, una información verdaderamente importante. Como por ejemplo, que usted en realidad no siente la menor simpatía por los rusos, y que, en cambio, sí esté trabajando para China. Su Plan Toda América sin duda resultaría beneficioso para América…, pero también para China y en contra de los intereses de Rusia. ¿Por qué, si no, había de enviar la Sección 9 a su mejor hombre para matarlo a usted sea como sea? ¿Qué le ocurre? ¿Se encuentre mal, general?

Ramsey Curlington se había llevado una mano al pecho, y había caído como derrumbado en un sillín. Estaba tan pálido que parecía talmente un cadáver. El comandante Alfred Dickinson permanecía en pie, pero tan lívido como su superior y amigo. Ambos parecían al borde del infarto.

—Y en cuanto a usted —le miró con escalofriante serenidad Brigitte—, simplemente, está vendido a los rusos. Nadie salvo usted conoce a fondo los planes que el general piensa proponer a los ejércitos de toda América, y naturalmente se dio cuenta de que eran unos planes perjudiciales para los intereses soviéticos y beneficiosos para los intereses chinos. Así que usted informó a Moscú de lo que el general estaba preparando, y Moscú envió a uno de sus ejecutores de la sección 9. ¿No es así comandante?

—Usted… está loca…

—¿Sí? Le diré otra cosa: el chino que se hacía llamar Ching, un agente muy importante del Lien Lo Pou, no pretendía en modo alguno matar al general, sino protegerle de los asesinos rusos si los de la CIA no nos bastábamos para ello. Por eso se procuró dos camionetas blindadas, y montó un servicio de… protección que pretendía instalar cerca del general. ¿No se da usted cuenta de que todo va encajando? Y luego, esa información siempre tan actualísima y de primera mano de que ha estado disponiendo la KGB en todo momento… ¿Quién sino uno de ustedes podía proporcionársela, por medio del truco de las llamadas telefónicas a casa?

—Usted no es… humana —dijo con voz aguda el general.

Brigitte iba a contestar cuando en su escote sonó un suavísimo zumbido, procedente de la diminuta radio por medio de la cual la espía atendió la llamada.

—¿Si? —inquirió.

—Están llegando varios vehículos a distintos puntos del perímetro que usted nos indicó. Tenemos la certeza de que en breve vamos a ser atacados.

—De acuerdo. Pero no se preocupen demasiado, recuérdelo. Ese ataque es solamente de distracción, para que mientras todos ustedes acuden a la zona de disparos Kursakov pueda deslizarse hasta la casa.

—Pero… ¿cómo va a poder llegar a la casa? Si se lo permitimos comprenderá que es una trampa, y si no se lo permitimos es imposible que logre cruzar nuestro cinturón de vigilancia…

—Ustedes hagan bien las cosas, y no se preocupen del resto, que lo hará Kursakov.

—¡Pero es que si nosotros no queremos que pase él no podrá pasar!

—¿Qué se apuesta a que sí? Escuche, Simón, tienen mi autorización para acribillar a Kursakov si lo ven, pero sé que no lo verán, porque él lo ha preparado todo para distraerlos con ese ataque que se está fraguando y mientras tanto llegar a la casa. No es un agente del montón, es Leonid Kursakov, ¿comprende lo que quiero decir? Yo he hecho cosas mucho más difíciles que esta que él pretende ahora. Y no es un patoso, se lo aseguro. Está herido, sabe que se la juega, sabe que se está enfrentando a mí, pero él es Leonid Kursakov, le han ordenado que mate al general, y él vendrá a hacerlo… ¿Está claro?

—Sí… Desde luego, sí.

—Bien. Tengan mucho cuidado; no quiero que ninguno de ustedes sufra daños en un estúpido ataque que sólo tiene como finalidad preparar el terreno a Kursakov…

—¡Ya empiezan! —Interrumpió Simón—. ¡Están disparando gases…!

—Pues utilicen las máscaras que les proporcioné. Vamos, Simón, no me distraiga con tonterías, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! Hasta luego.

—Así sea —Brigitte cerró la radio, quedó un instante pensativa, y de pronto sonrió—… ¿Por dónde íbamos?

Los dos militares la miraban completamente alucinados. Dentro de la casa se oían algunas voces. La puerta de la sala se abrió, y apareció uno de los «criados», pistola en mano.

—Baby, ya atacan —dijo.

—Lo sé. Hagan su parte.

—Bien.

El agente de la CIA se retiró, dejando la puerta abierta. Por el vestíbulo corrían otros dos hombres, igualmente armados, hacía la puerta de la casa. Brigitte se sirvió un poco más de champán.

—No es Dom Perignon —dijo, como desconcertada—… Es champán de California. ¿No es curioso cómo evolucionamos las personas? Si hace unos años me hubieran dicho que acabaría dejando de lado el champán francés para consumir preferentemente el de California, me habría reído. Y sin embargo, lo estoy haciendo cada vez con más frecuencia últimamente. ¿Y saben por qué? Porque el champán de California es americano, es de mi patria, y además, es excelente, y ya me he cansado del papanatismo que significa admirar tanto lo francés o de otro sitio. Y además, ¿qué importaría que el champán californiano no fuese tan bueno como el francés? Igual se puede beber dignamente, ¿no es así? Y hay que ser patriota. No porque yo crea en las mentiras que algunos criminales cuentan sobre la patria cuando, por ejemplo, se inventan guerras económicos a las que llaman «santas» o «salvadoras», o de cualquier otro modo que tiende a manipular el inocente sentido patriótico del pueblo, sino porque, a fin de cuentas, me guste o no me guste Estados Unidos, yo soy de aquí, soy americana, soy estadounidense, para bien y para mal, y eso me parece tan admirable como el chino que ama a China, el ruso que ama a Rusia y el congoleño que ama el Congo. Yo soy normal. Pero ustedes… ¿qué son ustedes?

—Hermoso discurso —sonó la voz en la puerta de la sala. Brigitte miró hacia allá, y sonrió, alzando la copa.

—Pase, Leonid. ¿Quiere una copa?

—¡Lo sabe todo! —chilló de pronto el comandante Dickinson—. ¡Mátela, mátela, ella lo sabe todo, todo…!

La plácida mirada gris de Leonid Kursakov se desplazó lentamente hacia Dickinson, y se posó en éste como en un contacto

gélido. Sin más, el hombre de la Sección 9 apuntó a Dickinson al corazón, y disparó. Alfred Dickinson, que tenía el rostro demudado por el gesto del ruso al apuntarle, no tuvo tiempo ni de protestar. Recibió la bala en pleno corazón, desorbitó los ojos, retrocedió un paso, cayó sentado, y luego de espaldas, quedando con su desorbitada mirada fija en el techo.

—Ya no era necesario, ¿verdad? —dijo suavemente Brigitte.

—Ya no. Nos ha sido muy útil durante mucho tiempo, pero tal como usted ha ido enfocando todo este asunto ha descubierto demasiadas cosas. Como comprenderá, además de no servirnos ya de nada, el comandante Dickinson sabía demasiadas cosas del servicio secreto que opera en Estados Unidos.

—Sí, es lógico. A base de tiempo uno se va enterando de tantas cosas… ¿Cómo va su pierna, Leonid?

—Saldré adelante —dijo el ruso, caminando hacia la mesita con visible cojera—… Aceptaré su copa, si la ha ofrecido sinceramente.

—Por supuesto que sí. Yo misma la serviré… Fíjese en el general: todavía está vivo, pero ya parece muerto.

—No comprendo cómo durante tanto tiempo ha podido estar engañándoles —movió la cabeza Kursakov—… ¿De verdad no se dieron cuenta nunca de sus inclinaciones pro Chinas?

—Evidentemente, no. Pero no se envanezca tanto, Leonid. ¿Acaso cree que nosotros, los americanos, no tenemos rusos importantes a nuestro servicio?

—Sí, claro. Es lo más asqueroso de nuestro trabajo. En realidad, eso de jugarnos la vida se ha convertido ya en un juego para nosotros. Yo, francamente, no le doy demasiada importancia. Paro me siento enfermo cada vez que descubrimos gente como Dickinson, como Curlington…

—Tiene razón —Brigitte se puso en pie y le entregó la copa a Kursakov, que la tomó con la mano izquierda—… Ellos son gente que va criticando nuestros métodos y nuestros departamentos, como por ejemplo, la Sección 9 de la KGB, pero resulta que hacen cosas más repugnantes que ejecutar traidores o enemigos. He tenido ante mí a dos traidores, uno vendido a los rusos y otro a los chinos, y ambos conviviendo, engañándose el uno al otro, traicionándose mientras simulaban amarse… Sí, eso es mucho peor que nuestro trabajo.

—Entiendo que no le importa a usted que mate al general.

—Cumpla sus órdenes, no se preocupe por mí.

Leonid Kursakov miró y apuntó al general Curlington, que parecía simplemente una estatua de yeso. El hombre de la Sección 9 disparó, con absoluta frialdad, casi indiferencia, y el general norteamericano cayó sentado en el sillón, con una bala en el corazón.

Acto seguido, el ruso desvió su arma hacia Brigitte, y murmuró:

—Ahora, usted.

—No veo qué necesidad tiene de matarme a mí.

—No es necesidad. Se trata, simplemente, de cumplir la orden que me dieron en la Sección 9.

Este es el final

Brigitte ni siquiera parpadeó.

—¿Le dieron esa orden? —susurró.

—Sí. En realidad mi misión es doble esta vez. Una parte consistía en matar al general. La otra, matarla a usted. Por eso, uno de nuestros hombres de la Sección 9, simulando traicionarnos, pasó a los chinos la información de que Leonid Kursakov llegaría a Miami con el nombre de Andrew Holliman. Queríamos que la CIA se enterase, pero no directamente, pues quizás habría sospechado, así que deslizamos la información utilizando a los chinos.

—Ya entiendo. Le felicito, Leonid.

—La verdad es que, personalmente, lo siento —masculló el ruso —… Pero usted tiene un enemigo irreconciliable en la Sección 9, y él ocupa ahora un cargo muy importante. Y por favor, no me pregunte quién es: ¿qué importa ya, si usted va a morir?

—De modo que, en definitiva, todo el plan me incluía a mí en el cincuenta por ciento, como su segunda víctima. Ustedes sabían que tratándose de la llegada de Leonid Kursakov la CIA me movilizaría a mí.

—Teníamos esa certeza. Y ya ve, todo ha encajado. A propósito: con seguridad no me creerán cuando diga que la agente Baby era la periodista Brigitte Montfort.

—¿Quiere eso decir que todavía no ha pasado esa información?

—Me gusta llegar con sorpresas a casa —sonrió el ruso.

—Me quita un peso de encima —suspiró la divina—. Porque aunque usted va a morir aquí y ahora, si la Sección 9, además de querer asesinarme supiese quién es Baby, enviaría un escuadrón de exterminadores a Nueva York para que terminasen conmigo de una vez. Y claro, en esas circunstancias terminarían por conseguirlo.

—Le ahorraré todas esas preocupaciones.

—Es usted absurdo, Leonid. ¿Cree que he montado todo este

tinglado para permitir que usted me meta ahora una bala en el corazón?

—Nada del corazón —aseguró el ruso—. Ya se libró usted en el motel, con el truco de la prenda especial antibalas. Ahora, señorita Montfort, le voy a meter una bala en la cabeza…, de parte de la Sección 9. Ya le digo que personalmente lo siento, pero una orden es una orden.

—Sí —asintió la divina—: una orden es una orden, Leonid. Mátelo, Simón. En alguna parte de la habitación sonó el chasquido de la pistola que en todo momento había estado apuntando a la cabeza del ruso, que fue sacudida por el tremendo impacto de la bala que le perforó la sien izquierda, lo hizo girar, y lo derribó de bruces a los pies de la agente Baby, la cual murmuró:

—Personalmente, también lo siento, colega. Y se terminó la copa de champán.

FIN